THOMAS TROWARD

Las Conferencias de Edimburgo

SOBRE CIENCIA MENTAL

WISDOM COLLECTION

LAS CONFERENCIAS DE EDIMBURGO

SOBRE CIENCIA MENTAL

THOMAS TROWARD

Traducción de

Marcela Allen Herrera

WISDOM COLLECTION

Copyright © 2017 por Marcela Allen

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Publicado en Estados Unidos
Wisdom Collection LLC.
www.wisdomcollection.com

Las Conferencias de Edimburgo

El autor afectuosamente dedica
este pequeño volumen a su esposa.

PRESENTACIÓN

La presente edición es la traducción al español de la obra original publicada en el año 1904, con una serie de conferencias realizadas por Thomas Troward, en Queen Street Hall, Edimburgo.

Thomas Troward fue Juez Divisional en Punjab, India, durante veinticinco años. Sin embargo, su profundo interés por la metafísica lo llevó al estudio de diversos libros sagrados, incluyendo la Biblia, el Corán, Escrituras Hindúes y libros de Raja Yoga. Sus estudios en hebreo original proporcionaron una sólida base de conocimiento para sus enseñanzas, las que han tenido un profundo efecto en el desarrollo de la metafísica espiritual, particularmente en el Movimiento del Nuevo Pensamiento del cual la enseñanza conocida como Ciencia de la Mente es su legado más directo.

Troward tuvo una gran influencia sobre la obra de Ernest Holmes, Bailes Frederick, Joseph Murphy, Emmett Fox y otros grandes maestros espirituales. Sus enseñanzas siguen estando muy vigentes y han inspirado a muchos escritores contemporáneos.

Se dice que es difícil leer los libros de Troward. En realidad, si leemos calmadamente, tomando plena conciencia del mensaje que nos quiere transmitir, descubriremos que resulta muy fácil, su mensaje es claro y conciso. El secreto para entenderlo está en comprender sus principales premisas y cómo argumenta lógicamente a partir de ellas.

El hecho supremamente importante que nos trae Thomas Troward consiste en su instrucción de Unidad y cómo, a través de esta verdadera contemplación y reconocimiento, podemos atraer latentes poderes divinos a expresión. El pensamiento que nos da es “el pensamiento divino”, ya que es así como el Espíritu Supremo puede encontrar expresión en Inteligencia, Alegría, Amor y Belleza.

En resumen, sin lugar a duda, podemos decir que la filosofía de Thomas Troward “otorga paz mental y los resultados prácticos de salud física, felicidad y plenitud para el individuo”.

M.A.H

CONTENIDOS

PRÓLOGO

Espíritu y Materia

El Modo de Inteligencia Superior controla al Inferior

La Unidad del Espíritu

Mente Subjetiva y Mente Objetiva

Más Consideraciones Sobre la Mente Subjetiva y Objetiva

La Ley del Crecimiento

Receptividad

Acción Recíproca de la Mente Universal e Individual

Causas y Condiciones

Intuición

Sanación

La Voluntad

En Contacto con la Mente Subconsciente

El Cuerpo

El Alma

El Espíritu

PRÓLOGO

Este libro contiene la sustancia de un curso de conferencias realizado por el escritor en Queen Street Hall, Edimburgo. Su propósito es indicar los Principios Naturales que rigen la relación entre Acción Mental y Condiciones Materiales, de este modo, proporcionar al alumno un punto de partida claro para el estudio práctico del tema.

T.T
Marzo, 1904.

[1]

Espíritu y Materia

Al comenzar una serie de conferencias sobre Ciencia Mental es difícil para el conferencista establecer la mejor manera de abrir el tema. Puede ser abordado desde muchos lados, cada uno con una ventaja peculiar propia; sin embargo, después de una cuidadosa reflexión, me parece que para el propósito del presente curso no puede haber mejor punto de inicio que la relación entre el Espíritu y la Materia.

He seleccionado este punto de inicio porque la distinción entre ellos - o lo que creemos que es tal - es una con la cual estamos tan familiarizados que puedo asumir que será reconocida por todos, por lo tanto, podré hacer esta distinción de inmediato al usar los adjetivos que habitualmente aplicamos para expresar la oposición natural entre ambas - espíritu vivo y materia muerta. Estos términos expresan con suficiente precisión nuestra impresión de oposición entre el espíritu y la materia, y si los consideramos solamente desde el punto de vista de las apariencias externas, sin duda, esta impresión es correcta.

El consenso general de la humanidad hace lo correcto al confiar en la evidencia de sus sentidos, y cualquier sistema que diga que no debemos hacerlo, jamás obtendrá una posición permanente en una comunidad cuerda y sana. No hay nada malo en la evidencia transmitida a una mente sana por los sentidos de un cuerpo sano, pero el punto donde se produce el error es al juzgar el significado de esta evidencia.

Estamos acostumbrados a juzgar solamente por las apariencias externas y por ciertos significados limitados que atribuimos a las palabras, pero cuando comenzamos a indagar el significado real de nuestras palabras y a analizar las causas que dan lugar a las apariencias, encontramos que nuestras antiguas nociones se desprenden gradualmente de nosotros hasta que al final

despertamos al hecho de que vivimos en un mundo enteramente diferente al que reconocíamos anteriormente. El modo de pensar antiguo y limitado ha desaparecido imperceptiblemente y descubrimos que estamos ante un nuevo orden donde todo es libertad y vida.

Este es el trabajo de una inteligencia iluminada que resulta de la persistente determinación por descubrir cuál es realmente la verdad, sin tomar en consideración ninguna de las nociones preconcebidas derivadas de cualquier fuente; la determinación de pensar honestamente por nosotros mismos en lugar de dejar que piensen por nosotros.

Entonces, comencemos por indagar lo que realmente significa la vivencia que le atribuimos al espíritu y la falta de vida que le atribuimos a la materia.

Al principio diríamos que la vivencia consiste en el poder de movimiento y la muerte en su ausencia; pero una pequeña investigación en los estudios más recientes de la ciencia, pronto nos mostrarán que esta distinción no es lo suficientemente profunda. Ahora es un hecho plenamente establecido de la ciencia física que ningún átomo de lo que llamamos “materia muerta” carece de movimiento. En la mesa que está frente a mí se encuentra una sólida masa de acero, pero a la luz de la ciencia actual, sé que los átomos de esa masa, aparentemente inerte, están vibrando con intensa energía, moviéndose continuamente de aquí para allá, chocando y rebotando entre sí, o dando vueltas como sistemas solares en miniaturas con una rapidez incesante, cuya compleja actividad deja perpleja a la imaginación. La masa, como masa, puede estar inerte sobre la mesa; pero lejos de estar destituida del elemento del movimiento es la morada de una incansable energía que mueve las partículas con tal rapidez que la velocidad de un tren expreso es como nada. Por lo tanto, no es el simple hecho del movimiento lo que está en la raíz de la distinción que hacemos instintivamente ente el espíritu y la materia; debemos ir más allá de esto.

La solución del problema nunca se encontrará al comparar la Vida con aquello que llamamos muerto, más adelante se hará evidente la razón de esto. La verdadera clave del asunto se encontrará al comparar un grado de vivencia con otro. Por supuesto, existe un sentido en el cual la cualidad de vivencia no admite grados; pero hay otro sentido en el cual es enteramente una cuestión de grado. Nosotros no tenemos duda sobre la vivencia de una planta, pero advertimos que es algo muy distinto a la vida de un animal. ¿Qué niño no preferiría un perro por mascota en lugar de un pez? O ¿Por qué el niño es más avanzado que el perro? La planta, el pez, el perro y el niño todos están

igualmente vivos, pero hay una diferencia en la cualidad de su vivencia de la que nadie puede dudar, asimismo, nadie dudaría en decir que esta diferencia reside en el grado de inteligencia.

Cualquiera que sea la forma en que abordemos el tema, siempre encontraremos que lo que llamamos “vivencia” de cualquier vida individual, en última instancia se mide por su inteligencia. Es la posesión de una mayor inteligencia lo que posiciona al animal por encima de la planta en la escala del ser, al ser humano por encima del animal, al intelectual por encima del salvaje. El aumento de la inteligencia pone en marcha modos de movimiento de un orden superior correspondientes a sí misma. Mientras más elevada la inteligencia, más completamente estará bajo su control el modo de movimiento; y al descender en la escala de inteligencia, el descenso se ve marcado por el correspondiente incremento de movimiento automático que no está sujeto al control de una inteligencia autoconsciente. Este descenso es gradual desde el expandido autorreconocimiento de la personalidad humana más elevada, hasta ese orden más bajo de las formas visibles a las que nos referimos como “cosas”, en las cuales el autorreconocimiento está totalmente ausente.

Entonces, vemos que la vivencia de la Vida consiste en inteligencia, en otras palabras, en el poder del Pensamiento; por lo tanto, podemos decir que la cualidad distintiva del espíritu es el Pensamiento y, como opuesto a esto, podemos decir que la cualidad distintiva de la materia es la Forma. No podemos concebir la materia sin forma. Tiene que haber alguna forma, aunque sea invisible para el ojo físico; porque la materia - para que sea materia - debe ocupar un lugar en el espacio, y ocupar un espacio particular necesariamente implica una forma correspondiente. Por estas razones, podemos establecer como una proposición fundamental que la cualidad distintiva del espíritu es el Pensamiento y la cualidad distintiva de la materia es la Forma. Esta es una distinción radical de la cual se derivan importantes consecuencias que deberán de ser observadas cuidadosamente por el estudiante.

La Forma implica extensión en el espacio y también límites dentro de ciertas fronteras. El pensamiento no implica ninguno de estas dos. Por lo tanto, cuando pensamos en la Vida como existente en cualquier forma en particular, la asociamos con la idea de extensión en el espacio, de modo que se podría decir que un elefante consiste en una cantidad mucho mayor de sustancia viva que un ratón. Pero si pensamos en la Vida como el hecho de

vivencia, no lo asociaremos con ninguna idea de extensión e inmediatamente reconoceremos que el ratón está tan vivo como el elefante, sin importar la diferencia de tamaño. El punto importante de esta distinción es que, si podemos concebir cualquier cosa como totalmente desprovista del elemento de extensión en el espacio, debe estar presente en su totalidad en cualquier parte y en todas partes, es decir, en cada punto del espacio simultáneamente.

La definición científica del tiempo es, que es el periodo que ocupa un cuerpo al pasar desde un punto dado en el espacio hacia otro. Entonces, de acuerdo a esta definición, al no haber espacio no puede haber tiempo, por lo tanto, aquella concepción del espíritu que lo reconoce como desprovisto del elemento de espacio, también debe reconocerlo como carente del elemento tiempo; y así encontramos que la concepción del espíritu como Pensamiento puro, y no como Forma concreta, es la concepción de éste como subsistiendo en perfecta independencia de los elementos de tiempo y espacio. De esto se deduce que, si la idea de cualquier cosa se concibe como existente en este nivel, solamente puede representar esa cosa como realmente presente aquí y ahora.

Desde este punto de vista, nada puede estar alejado de nosotros ni en tiempo ni en espacio: o bien la idea se disipa por completo o existe como una entidad real presente y no como algo que estará en el futuro, porque donde no hay secuencia en el tiempo, no puede haber futuro. Del mismo modo, donde no hay espacio, no puede haber concepción de algo que esté a distancia de nosotros. Cuando se eliminan los elementos del tiempo y del espacio, todas nuestras ideas de las cosas deben ser necesariamente como subsistiendo en un universal aquí y un eterno ahora. Sin duda, esto es una concepción sumamente abstracta, pero le pido al estudiante que se esfuerce por comprenderla profundamente, ya que es de vital importancia para la aplicación práctica de la Ciencia Mental, como se verá más adelante.

La concepción opuesta es la de las cosas expresándose a sí mismas a través de las condiciones de tiempo y espacio, estableciendo una variedad de relaciones hacia otras cosas, como de volumen, distancia y dirección, o de secuencia en el tiempo. Estas dos concepciones, respectivamente, son el concepto de lo abstracto y lo concreto; de lo incondicional y lo condicionado; de lo absoluto y lo relativo. Ellos no se oponen entre sí en el sentido de incompatibilidad, sino que cada uno es el complemento del otro, y la única realidad está en la combinación de ambos.

El error del idealista extremo está en querer comprender lo absoluto sin lo

relativo, y el error del materialista extremo está en querer comprender lo relativo sin lo absoluto. Por un lado, el error es tratar de comprender un interior sin un exterior, y, por otro lado, en tratar de comprender un exterior sin un interior; ambos son necesarios para la formación de una entidad substancial.

[2]

El Modo de Inteligencia Superior controla al Inferior

Hemos visto que el descenso de la personalidad, tal como la conocemos en nosotros mismos, hacia la materia, tal como la conocemos en lo que llamamos formas inanimadas, es un descenso gradual en la escala de la inteligencia desde ese modo de ser que es capaz de reconocer su propia fuerza de voluntad como una capacidad para originar nuevas series de causación, hacia ese modo de ser que es incapaz de reconocerse a sí mismo en absoluto.

Cuanto más alto sea el grado de vida, más elevada será la inteligencia; de lo cual se deduce que el principio supremo de la Vida debe ser también el principio último de la inteligencia. Esto queda claramente demostrado por el grandioso orden natural del universo. A la luz de la ciencia moderna, a todos nos resulta familiar el principio de la evolución, y el ajuste preciso que existe entre todas las partes del esquema cósmico es demasiado evidente como para insistir sobre ello. Todo avance en la ciencia consiste en descubrir nuevas conexiones dentro de este magnífico orden universal que ya existe, y solamente necesita nuestro reconocimiento para llevarlo a un uso práctico.

Entonces, si el trabajo más elevado de las mentes más grandiosas consiste nada más que en el reconocimiento de un orden ya existente, no podemos evitar la conclusión de que una inteligencia suprema debe ser inherente al Principio de Vida, el cual se manifiesta a sí mismo como este orden; y así vemos que debe haber una gran inteligencia cósmica subyacente a la totalidad de las cosas.

La historia física de nuestro planeta primero nos muestra una nebulosa incandescente dispersa sobre vastas infinidades de espacio; más tarde se condensa en un sol central rodeado de brillantes planetas apenas

consolidados de la materia plástica primordial; luego siguen incontables milenios de lenta formación geológica; una tierra poblada por las formas más inferiores de vida, ya sea vegetal o animal; desde estos crudos orígenes un movimiento de avance majestuoso, incesante, sin prisas, lleva las cosas de etapa en etapa hasta la condición en que las conocemos ahora.

Observando esta constante progresión, es evidente que, de cualquier manera que podamos concebir la naturaleza de este principio evolutivo, infaliblemente proporciona el continuo avance de la raza. Pero lo hace creando un número tal de cada tipo que, después de permitir un amplio margen para todos los posibles accidentes de los individuos, la raza aun continuará.

"Tan cuidadoso con el tipo parece
Tan descuidado de la vida individual"

En resumen, podemos decir que la inteligencia cósmica opera a través de una ley de promedios, la cual permite un amplio margen de accidentes y fallas de lo individual. Pero el progreso hacia una inteligencia más elevada siempre está en la dirección de reducir este margen de accidentes y llevar al individuo cada vez más lejos de la ley de promedios, sustituyéndolo por la ley de selección individual. En lenguaje científico común, es la supervivencia del más apto. La reproducción de los peces es a una escala que anegaría los mares si cada individuo sobreviviese; pero el margen de destrucción es proporcionalmente enorme, y así la ley de promedios simplemente mantiene la proporción normal de la raza. Pero, en el otro extremo de la escala, la reproducción no es de ninguna manera enormemente superior a la supervivencia. Es cierto que hay un amplio margen de accidentes y enfermedad que elimina a muchos seres humanos antes de que hayan alcanzado la duración promedio de duración de vida, pero, aun así, es a una escala muy diferente de la destrucción prematura de cientos de miles frente a la supervivencia de uno solo. Por lo tanto, puede tomarse como un hecho establecido que, en la medida que la inteligencia avanza, el individuo deja de estar sujeto a una simple ley de promedios y tiene un poder cada vez mayor para controlar las condiciones de su propia supervivencia.

De este modo, vemos que hay una marcada distinción entre la inteligencia cósmica y la inteligencia individual, y que el factor que diferencia a la última de la primera es la presencia de la volición individual. Ahora, el trabajo de la

Ciencia Mental es determinar la relación de este poder individual de volición con la gran ley cósmica que provee el mantenimiento y avance de la raza; y el punto que debe ser notado cuidadosamente es que el poder de la volición individual es en sí mismo el resultado del principio evolutivo cósmico en el punto donde alcanza su punto más elevado.

El esfuerzo de la Naturaleza ha sido siempre ascendente, desde el tiempo en que solamente las formas más inferiores de vida poblaban la tierra, y ahora ha culminado en la producción de un ser con una mente capaz de razonar de forma abstracta y un cerebro adecuado para ser el instrumento físico de tal mente. En esta etapa, el principio de Vida todo-creador se reproduce a sí mismo en una forma capaz de reconocer el funcionamiento de la ley evolutiva. La unidad y continuidad de propósito que se extiende a través de toda la progresión hasta ahora, sin lugar a duda, indica que el lugar de tal ser en el esquema universal debe ser el de introducir la operación de ese factor, que hasta este punto ha estado ausente, a saber, el factor de la volición individual inteligente.

La evolución, la cual nos ha llevado hasta este punto, ha trabajado a través de la ley cósmica de promedios; ha sido un proceso en el cual el individuo mismo no ha tomado parte consciente. Pero, debido a que él es lo que es, y lleva la caravana de la procesión evolutiva, si el ser humano ha de evolucionar más allá, solamente puede ser a través de su cooperación consciente con la ley que le ha llevado al punto donde puede comprender que tal ley existe. Su evolución en el futuro debe ser con su consciente participación en la gran obra, y esto solamente puede ser efectuado por su propia inteligencia y esfuerzo individual. Es un proceso de crecimiento inteligente. Nadie más puede crecer por nosotros, debemos crecer por nosotros mismos, y este crecimiento inteligente consiste en nuestro creciente reconocimiento de la ley universal, la cual nos ha llevado hasta donde hemos llegado, y de nuestra propia relación individual con esa ley, basada en el hecho de que nosotros mismos somos el producto más avanzado de ella.

Es una gran máxima que la Naturaleza nos obedece precisamente en la proporción en que nosotros obedecemos primero a la Naturaleza. Deja que el electricista intente ir en contra del principio de que la electricidad siempre debe pasar de un potencial más alto a un potencial más bajo y no producirá nada; pero déjalo que se someta en todo a esta ley fundamental y él puede hacer cualquier aplicación particular de energía eléctrica que quiera.

Estas consideraciones nos muestran que lo que diferencia el grado de

inteligencia superior del inferior, es el reconocimiento de su propio ser, y entre más inteligente sea este reconocimiento, mayor será el poder. El grado más bajo de autorreconocimiento es aquel que solo se reconoce a sí mismo como una entidad separada de todas las demás entidades, como el ego distinguido del no-ego. Pero el grado más elevado de autorreconocimiento es aquel que, reconociendo su propia naturaleza espiritual, ve en todas las demás formas, no tanto el no-ego, o aquello que no es él mismo, sino como un alter-ego o aquello que es él mismo en un diferente modo de expresión. Ahora bien, este grado más elevado de autorreconocimiento es el poder por el cual el Científico Mental produce sus resultados. Por esta razón, es imperativo que se entienda claramente la diferencia entre Forma y Ser; que uno es el modo relativo y la marca de sujeción a las condiciones, y que el otro es la verdad de lo absoluto y es aquello que controla las condiciones.

Este alto reconocimiento del ser como una individualización del espíritu puro, necesariamente debe controlar todos los modos del espíritu que todavía no hayan alcanzado el mismo nivel de autorreconocimiento. Estos modos inferiores del espíritu están sujetos a la ley de su propio ser porque no conocen la ley, por lo tanto, el individuo que ha obtenido este conocimiento puede controlarlos a través de la ley. Pero, para entender esto, debemos indagar un poco más en la naturaleza del espíritu.

Ya he mostrado que la gran escala de adaptación y ajuste de todas las partes del esquema cósmico entre sí, muestra la presencia, en alguna parte, de una maravillosa inteligencia subyacente a todo. La pregunta es, ¿dónde se encuentra esta inteligencia? En última instancia, solamente podemos concebirla como inherente a alguna sustancia primordial que es la raíz de todos esos modos más densos de materia que son conocidos por nosotros, ya sean visibles al ojo físico o necesariamente inferidos por la ciencia a través de sus efectos perceptibles. Es aquel poder que, en todas las especies y en todos los individuos, se convierte en lo que la especie o el individuo es; y así, solamente podemos concebirlo como una inteligencia autoformativa inherente en la sustancia última de la cual cada cosa es una manifestación particular.

El hecho de que esta sustancia primordial deba ser considerada como autoformada por una inteligencia inherente que permanece en sí misma, se hace evidente por el hecho que la inteligencia es la cualidad esencial del espíritu; y si tuviéramos que concebir la sustancia primordial como algo aparte del espíritu, entonces tendríamos que postular algún otro poder que no

es ni espíritu ni materia y que origina a ambos; pero esto solamente es poner la idea de un poder autoevolutivo un paso más atrás y afirmar la producción de un grado inferior de espíritu indiferenciado por uno más elevado, lo cual es una presunción simple y una contradicción de cualquier idea que podamos formar del espíritu indiferenciado. Sin embargo, por muy atrás que podamos relegar el punto de partida original, no podemos evitar la conclusión de que, en ese punto, el espíritu contiene la sustancia primordial en sí mismo, lo cual nos lleva al enunciado común de que lo hizo todo a partir de la nada. Así que encontramos dos factores en la creación de todas las cosas, Espíritu y la Nada, y al sumar el Espíritu con la Nada, nos quedamos solamente con el Espíritu: X + 0 = X.

Desde estas consideraciones, vemos que el fundamento último de cada forma de la materia es el espíritu, y de ahí que en toda la Naturaleza subsiste una inteligencia universal inherente en cada una de sus manifestaciones. Pero esta inteligencia críptica no pertenece a la forma particular, excepto en la medida en que esté físicamente preparada para su concentración en una individualidad que se reconoce a sí misma: permanece oculta en esa sustancia primordial de la cual la forma visible es una manifestación más cruda.

Esta sustancia primordial es una necesidad filosófica, y solamente podemos imaginarla como algo infinitamente más fino que los átomos, que son en sí mismos una inferencia filosófica de la ciencia física. Aun así, a falta de una palabra mejor, podemos convenientemente hablar de esta inteligencia primaria inherente en la sustancia misma de las cosas como la Inteligencia Atómica. Este término tal vez pueda estar sujeto a algunas objeciones, pero servirá para nuestro propósito actual de distinguir este modo de inteligencia del espíritu del polo opuesto, o la Inteligencia Individual. Esta distinción debe observarse cuidadosamente porque es por la respuesta de la inteligencia atómica a la inteligencia individual que el poder del pensamiento puede producir resultados en el plano material, como en la sanación de una enfermedad a través del tratamiento mental, y similares.

La inteligencia se manifiesta a sí misma por medio de la capacidad de respuesta, y toda la acción de la mente cósmica, al llevar el proceso evolutivo desde sus primeros comienzos hasta su actual etapa humana, no es otra cosa que una continua respuesta inteligente a la demanda que cada etapa del progreso ha hecho para ajustarse con su entorno.

Entonces, al haber reconocido la presencia de una inteligencia universal que impregna todas las cosas, también debemos reconocer la correspondiente

responsividad que se encuentra escondida en lo profundo de su naturaleza y dispuesta a entrar en acción cuando se le solicite. Todo tratamiento mental depende de esta responsividad del espíritu en sus grados inferiores a los grados superiores de sí mismo. Aquí está la diferencia entre el científico mental y la persona no instruida; el primero sabe de esta responsividad y hace uso de ella, mientras que el segundo no puede usarla porque no lo sabe.

[3]

La Unidad del Espíritu

Hemos preparado el camino para comprender lo que queremos decir cuando hablamos de “la unidad del espíritu”. En la primera concepción del espíritu, como el origen subyacente de todas las cosas, vemos una sustancia universal que, en esta etapa, no está diferenciada en ninguna forma específica. Esta no es una cuestión de algún tiempo pasado, sino que subsiste en cada momento de todos los tiempos en la naturaleza más interior de todo ser; y cuando vemos esto, vemos que la división entre una forma específica y otra tiene debajo una profunda unidad esencial que actúa como apoyo de todas las diversas formas de individualidad que surgen de ella. A medida que nuestro pensamiento penetra más profundamente en la naturaleza de esta sustancia espiritual que lo produce todo, vemos que no puede ser limitada a ninguna porción de espacio, sino que debe ser tan ilimitada como el espacio mismo, y que es inconcebible la idea de una porción de espacio donde no esté. Una de esas percepciones intuitivas de las cuales la mente humana no puede escapar, es que este espíritu viviente primordial que lo genera-todo, debe ser proporcional a la infinitud, por lo tanto, nunca podemos pensar en él de otra manera que no sea como universal o infinito.

Ahora, es una verdad matemática que el infinito debe ser una unidad. No puedes tener dos infinitos, porque entonces ninguno sería infinito, cada uno estaría limitado por el otro, ni tampoco puedes dividir el infinito en fracciones. El infinito es matemáticamente unidad esencial. Este es un punto que debe enfatizarse, porque de ahí se desprenden consecuencias muy importantes. La Unidad, como tal, no puede ser multiplicada ni dividida, ya que ambas operaciones destruyen la unidad. Al multiplicar producimos una pluralidad de unidades de la misma escala que el original; y al dividir producimos una pluralidad de unidades a menor escala, y una pluralidad de unidades no es unidad sino multiplicidad. Por lo tanto, si penetramos por

debajo de la naturaleza externa del individuo hacia aquel principio más interno de su ser desde el cual surge su individualidad, solamente podemos hacerlo pasando de la concepción de la existencia individual hacia la unidad del ser universal. Esto puede parecer como una simple abstracción filosófica, pero el estudiante que producirá resultados prácticos debe comprender que estas abstracciones son los fundamentos del trabajo práctico que va a realizar.

El hecho más grande que debe reconocerse sobre la unidad es que, dado que es una sola unidad, donde quiera que esté debe estar en su totalidad. En el momento en que permitimos que nuestra mente divague hacia la idea de la extensión en el espacio y decimos que una parte de la unidad está aquí y otra allá, hemos descendido de la idea unidad a la de partes o fracciones de una sola unidad, lo que es pasar a la idea de una multiplicidad de unidades más pequeñas, y en ese caso estamos tratando con lo relativo, o la relación que subsiste entre dos o más entidades que están limitadas entre sí, y así hemos salido de la región de la simple unidad que es lo absoluto. Por lo tanto, es una necesidad matemática que, debido a que el principio de Vida originario es infinito, es una sola unidad, consecuentemente, dondequiera que esté debe estar presente en su totalidad. Dado que es infinito o ilimitado, está en todas partes, de este modo, se deduce que todo el espíritu debe estar presente en cada punto del espacio en el mismo momento. El Espíritu es omnipresente en su totalidad, por consiguiente, es lógicamente correcto que cada momento del tiempo todo el espíritu se concentre en cualquier punto del espacio que podamos elegir para fijar nuestro pensamiento.

Éste es el hecho fundamental de todo ser y es por esta razón que he preparado el camino al esclarecer la relación entre el espíritu y la materia como la que existe entre la idea y la forma. Por un lado, lo absoluto, del cual los elementos del tiempo y del espacio están totalmente ausentes, y por otro, lo relativo, el cual depende completamente de esos elementos. Este gran hecho es que el espíritu puro subsiste continuamente en lo absoluto, ya sea en una forma corpórea o no; y de él fluyen todos los fenómenos del ser, ya sea en el plano mental o en el físico. El conocimiento de este hecho es la base de toda operación espiritual consciente, por lo tanto, en proporción a nuestro creciente reconocimiento de ello, aumentará nuestro poder de producir resultados visibles. El todo es mayor que su parte, por consiguiente, si por nuestro reconocimiento de esta unidad podemos concentrar todo el espíritu en cualquier punto dado, en cualquier momento, incluiremos cualquier individualización de él que deseemos. La importancia práctica de esta

conclusión es demasiado obvia como para ser ampliada.

El espíritu puro es el principio de Vida considerado aparte de la matriz en la cual toma relación con el tiempo y el espacio en una forma particular. En este aspecto es inteligencia pura indiferenciada hacia la individualidad. Como inteligencia pura es infinita responsividad y susceptibilidad. Como carente de la relación de tiempo y espacio, es desprovista de personalidad individual. Por lo tanto, en este aspecto es un elemento puramente impersonal sobre el cual, en razón de su inherente inteligencia y susceptibilidad, podemos impresionar cualquier reconocimiento de personalidad que queramos.

Estos son los grandes hechos con los cuales trabaja el científico mental y el estudiante hará bien en reflexionar profundamente sobre su significado y sobre la responsabilidad que necesariamente conlleva este reconocimiento.

[4]

Mente Subjetiva y Mente Objetiva

Hasta este punto ha sido necesario establecer las bases de la ciencia mediante la declaración de principios generales muy abstractos, a los cuales hemos llegado por medio de un razonamiento puramente metafísico. Ahora pasamos a la consideración de ciertas leyes naturales que han sido establecidas por una larga serie de experimentos y observaciones, cuyo pleno significado e importancia se pondrán de manifiesto cuando veamos su aplicación a los principios generales que hasta ahora han ocupado nuestra atención.

Los fenómenos de la hipnosis están ahora tan plenamente reconocidos como hechos científicos establecidos, que es absolutamente innecesario cuestionar su credibilidad. Sobre ellos se han fundado dos grandes escuelas de medicina, y en algunos países se han convertido en objeto de una legislación especial. La cuestión que se nos presenta en la actualidad, no es acerca de la credibilidad de los hechos, sino de las inferencias adecuadas que deben extraerse de ellos. La correcta comprensión de estas inferencias es una de las ayudas más valiosas para el científico mental, ya que confirma las conclusiones de un razonamiento puramente a priori mediante una serie de casos experimentales que ponen fuera de toda duda la veracidad de estas conclusiones.

La gran verdad que la ciencia del hipnotismo ha sacado a la luz es la naturaleza dual de la mente humana. Ha existido mucho conflicto entre los diversos escritores en cuanto a si esta dualidad es el resultado de la presencia de dos mentes separadas en una persona, o es la acción de la misma mente en el empleo de diferentes funciones. Ésta es una de esas distinciones sin una diferencia clara, que son una fuente tan prolífica de obstáculos para la apertura de la verdad. Una persona debe ser una sola individualidad para ser una persona, entonces, el resultado neto es el mismo, ya sea que concibamos

sus diferentes modos de acción mental como si provinieran de un conjunto de mentes separadas, por así decirlo, en la hebra de su individualidad única y cada una adaptada a un uso en particular; o como variadas funciones de la misma mente. En cualquiera de los dos casos, estamos tratando con una sola individualidad, y como quiera que imaginemos la mecánica de este funcionamiento mental, es simplemente una cuestión de qué imagen nos traerá más claramente la naturaleza de su acción. Por lo tanto, por un asunto de conveniencia, en estas lecciones hablaré de esta acción dual como si procediera de dos mentes, una externa y una interna; a la mente interna la llamaremos mente subjetiva, y a la mente externa la llamaremos mente objetiva, ya que estos son los nombres por los cuales más frecuentemente se indica esta distinción dentro de la literatura que trata estos temas.

Una larga serie de cuidadosos experimentos realizados por observadores altamente capacitados, algunos de ellos de reconocida reputación mundial, ha establecido plenamente diferencias notables entre la mente subjetiva y la mente objetiva, que pueden exponerse brevemente de la siguiente manera. La mente subjetiva solo puede razonar deductivamente y no inductivamente, mientras que la mente objetiva lo puede hacer de las dos formas. El razonamiento deductivo es el silogismo puro que demuestra por qué una tercera proposición necesariamente debe resultar si otras dos son asumidas, pero no nos ayuda a determinar si las dos declaraciones iniciales son verdaderas o no. Determinar esto es la provincia del razonamiento inductivo, el cual saca sus conclusiones basadas en la observación de una serie de hechos.

La relación de los dos modos de razonamiento es que, primero, observando un suficiente número de casos, inductivamente llegamos a la conclusión de que cierto principio es de aplicación general, y luego entramos en el proceso deductivo, asumiendo la verdad de este principio y determinando qué resultado debe seguir en un caso particular sobre la hipótesis de su verdad. Así, el razonamiento deductivo procede en la asunción de la veracidad de cierta hipótesis o suposiciones las cuales se establecen; no se interesa en la veracidad o falsedad de dichas suposiciones, sino solo con los resultados que necesariamente deben seguir suponiendo su veracidad. Por otro lado, el razonamiento inductivo es el proceso mediante el cual comparamos una serie de casos separados entre sí, hasta ver el factor común que da lugar a todas ellos La inducción procede por la comparación de los hechos, y la deducción por la aplicación de principios universales.

Ahora bien, la mente subjetiva sigue únicamente el método deductivo. Innumerables experimentos realizados a personas en estado hipnótico han demostrado que la mente subjetiva es completamente incapaz de hacer la selección y la comparación, lo cual es necesario para el proceso inductivo, sino que acepta cualquier sugestión, no importa qué tan falsa sea, pero una vez aceptada la sugestión, deduce las conclusiones en forma estrictamente lógica y trabaja cada sugestión hasta la mínima fracción de los resultados que se derivan de ella.

Como consecuencia de esto, se deduce que la mente subjetiva está completamente bajo el control de la mente objetiva. Con la máxima fidelidad reproduce y desarrolla, hasta sus últimas consecuencias, todo lo que la mente objetiva imprima en ella; y los hechos del hipnotismo demuestran que las ideas pueden ser impresionadas en la mente subjetiva mediante la mente objetiva de otro, así como por la de su propia individualidad. Este es un punto muy importante, ya que, por esta susceptibilidad a la sugestión del pensamiento de otro, dependen todos los fenómenos de sanación, presente o a distancia, de telepatía y similares. Bajo el control del practicante de hipnotismo, la personalidad del sujeto se modifica por el momento; él cree ser cualquier cosa que el hipnotista le dice que es: es un nadador cruzando las olas; un ave volando en el aire; un soldado en el tumulto de la batalla; un indio siguiendo sigilosamente a su presa; en resumen, por ese momento, él se identifica con cualquier personalidad que le sea impresa por la voluntad del operador y actúa el papel con insuperable precisión. No obstante, los experimentos de hipnotismo van más allá y muestran que en la mente subjetiva existen poderes que trascienden cualquiera de los ejercidos por la mente objetiva a través de los sentidos físicos; poderes de lectura del pensamiento, de transferencia de pensamiento, de clarividencia y otros similares, los cuales son frecuentemente manifestados cuando el paciente es llevado al estado hipnótico superior; y así tenemos pruebas experimentales de la existencia de facultades trascendentales en nosotros mismos, cuyo pleno desarrollo y control consciente nos colocarían en una esfera de vida completamente nueva.

Sin embargo, hay que tener en cuenta que el control debe ser propio y no ejercido por ninguna inteligencia externa, ya sea en la carne o fuera de ella.

Lo más importante que han demostrado los experimentos hipnóticos, quizás sea el hecho de que la mente subconsciente es la constructora del cuerpo. La entidad subjetiva en el paciente es capaz de diagnosticar el

carácter de la enfermedad que padece y señalar los remedios adecuados, lo que indica un conocimiento fisiológico superior al de los médicos más capacitados, y también un conocimiento de las correspondencias entre las condiciones de la enfermedad de los órganos del cuerpo y los remedios materiales que pueden dar alivio. Y desde aquí solo estamos a un paso de esas numerosas instancias en las que prescinde por completo del uso de remedios materiales y trabaja directamente sobre el organismo, de modo que la completa restauración de la salud se produce como resultado de las sugestiones de salud perfecta hechas por el hipnotizador al paciente, mientras se encuentra en estado hipnótico.

Estos son hechos completamente establecidos en cientos de experimentos llevados a cabo por una variedad de investigadores en diferentes partes del mundo, y de ellos podemos extraer dos inferencias de gran importancia: (1) que la mente subjetiva en sí misma es absolutamente impersonal, y (2) que es la constructora del cuerpo o, en otras palabras, es el poder creativo en el individuo.

El hecho de que es impersonal en sí misma se demuestra por su disposición a asumir cualquier personalidad que el hipnotizador decida imprimir sobre ella, y la inferencia inevitable es que la personalidad procede de su asociación con la mente objetiva particular de su propia individualidad. Cualquiera sea la personalidad que la mente objetiva le imprima, esa será la personalidad que asumirá y sobre la cual actuará; y dado que es la constructora del cuerpo, construirá un cuerpo en correspondencia con la personalidad impresa sobre ella.

Estas dos leyes de la mente subjetiva constituyen las bases del axioma que establece que nuestro cuerpo representa el conjunto de nuestras creencias. Si nuestra creencia fija es que nuestro cuerpo está sujeto a todo tipo de influencias que escapan a nuestro control, y que éste o aquel síntoma muestra que tal influencia incontrolable está actuando sobre nosotros, entonces, esta creencia se imprime en la mente subjetiva la cual, por la ley de su propia naturaleza, la acepta sin cuestionar y procede a modelar las condiciones corporales de acuerdo con esta creencia. Además, si nuestra creencia fija es que ciertos remedios materiales son los únicos medios de sanción, entonces, en esta creencia encontraremos el fundamento de toda la medicina. No hay nada erróneo en la teoría de la medicina; está estrictamente en correspondencia lógica con la medida del conocimiento de aquellos quienes se apoyan en ella y que pueden asimilarla, y actúa perfectamente de acuerdo

con su creencia de que en un gran número de casos la medicina hará bien, pero también en muchos casos fracasa. Por esto, para aquellos que aún no han alcanzado una percepción más profunda de las leyes de la naturaleza, la agencia curativa de la medicina es una ayuda muy valiosa para el alivio de las enfermedades físicas. El error que hay que combatir no es la creencia de que, a su manera, la medicina es capaz de hacer bien, sino la creencia de que no existe una manera más elevada o mejor.

Entonces, según el mismo principio, si reconocemos que la mente subjetiva es la constructora del cuerpo, y que el cuerpo no está sujeto a ninguna influencia, excepto las que lo alcanzan mediante la mente subjetiva, entonces lo que debemos hacer es imprimir esto sobre la mente subjetiva y pensar habitualmente en ella como la fuente de Vida eterna, que está continuamente renovando el cuerpo, construyendo en material sano y fuerte, y en la más completa independencia de cualquier tipo de influencia, excepto las de nuestro propio deseo impreso sobre nuestra mente subjetiva, por nuestro propio pensamiento.

Cuando comprendamos completamente estas consideraciones, veremos que es tan fácil exteriorizar condiciones saludables del cuerpo, como lo contrario. Prácticamente, el proceso equivale a una creencia en nuestro propio poder de vida; y si esta creencia está completamente alojada dentro nuestro, necesariamente producirá un correspondiente cuerpo sano, no debemos escatimar ningún esfuerzo para convencernos que existen bases sólidas y razonables que la sostienen. Ofrecer una base sólida para esta convicción es el propósito de la Ciencia Mental.

[5]

Más Consideraciones Sobre la Mente Subjetiva y Objetiva

Una sensata consideración acerca de los fenómenos del hipnotismo nos mostrará que lo que llamamos estado hipnótico es el estado normal de la mente subjetiva. Siempre se concibe a sí misma de acuerdo con alguna sugestión que se le trasmita, ya sea conscientemente o inconscientemente, al modo de la mente objetiva que la gobierna, y da lugar a los correspondientes resultados externos. La naturaleza anormal de las condiciones inducidas por el hipnotismo experimental, consiste en la eliminación del control normal que posee la propia mente objetiva del individuo sobre su mente subjetiva y sustituirlo por otro control, y así podemos decir que la característica normal de la mente subjetiva es su acción perpetua de acuerdo con algún tipo de sugestión. Por lo tanto, es extremadamente importante determinar en cada caso cuál será la naturaleza de la sugestión y de qué fuente procederá. Pero antes de considerar las fuentes de la sugestión debemos entender más profundamente el lugar que ocupa la mente subjetiva en el orden de la Naturaleza.

Si el estudiante ha entendido lo que se ha dicho hasta ahora, acerca de la presencia de un Espíritu inteligente que impregna todo el espacio y permea toda la materia, no tendrá dificultad en reconocer este espíritu omnipresente como mente subjetiva universal. Es evidente que, como mente universal, no puede tener las cualidades de la mente objetiva. La mente universal es el poder creativo en la Naturaleza; y como poder originario debe primero dar lugar a las diversas formas en las cuales la mente objetiva reconoce su propia individualidad, antes de que estas mentes individuales puedan actuar sobre ella. Por lo tanto, como espíritu puro o primera causa no puede ser nada más que mente subjetiva, y el hecho de que la mente subjetiva sea la constructora

del cuerpo, lo cual ha sido ampliamente probado por experimentación, nos muestra que la característica esencial de la mente subjetiva es el poder de crear por crecimiento desde el interior.

Entonces, por experimentación y por razonamiento a priori, podemos decir que dondequiera que encontremos el poder creativo trabajando, allí nos encontramos en presencia de la mente subjetiva, ya sea trabajando en la gran escala del cosmos o en la escala en miniatura del individuo. Podemos así establecer como principio que la inteligencia universal omnipresente - la cual ha sido considerada en la segunda y tercera sección - es puramente mente subjetiva y, en consecuencia, sigue la ley de la mente subjetiva, es decir, que es susceptible a cualquier sugestión y que llevará a cabo, hasta sus consecuencias lógicas más rigurosas, cualquier sugestión que sea impresa sobre ella.

La incalculable importancia de esta verdad quizás no llame la atención del estudiante a primera vista, pero una pequeña consideración le mostrará las enormes posibilidades que contiene, y en la última parte abordaré brevemente las conclusiones que se derivan de esto. Por el momento será suficiente reconocer que la mente subjetiva en nosotros es la misma mente subjetiva que está operando a través del universo, dando origen a la infinidad de formas naturales de las cuales estamos rodeados, como así también a nosotros mismos. Se le puede llamar la sostenedora de nuestra individualidad; y podemos hablar libremente de nuestra mente subjetiva individual como nuestra parte personal en la mente universal. Por supuesto, esto no implica la división de la mente universal en fracciones, y es para evitar ese error que he discutido la unidad esencial del espíritu en la tercera sección; pero con el fin de evitar concepciones demasiado abstractas en la etapa actual del progreso del estudiante, podemos usar convenientemente la idea de una parte personal en la mente subjetiva universal.

Reconocer nuestra mente subjetiva individual de esta manera, nos ayudará a superar la dificultad metafísica que encontramos en nuestro esfuerzo de hacer uso consciente de la primera causa, en otras palabras, para crear resultados externos a través del uso de nuestro propio pensamiento. En última instancia, solamente puede existir una primera causa, que es la mente universal, pero dado que es universal no puede - como universal- actuar en el plano de lo individual y lo particular. Si lo hiciera, dejaría de ser universal y, por lo tanto, dejaría de ser el poder creativo que deseamos usar.

Por otra parte, el hecho de que trabajemos para un objetivo específico

definido implica nuestra intención de usar este poder universal en aplicación a un propósito en particular, de modo que nos vemos envueltos en la paradoja de querer hacer que lo universal actúe en el plano de lo particular. Queremos hacer una unión entre los dos extremos de la escala de la naturaleza, el espíritu creativo más interno y una forma externa particular. Entre estos dos existe un gran abismo y la pregunta es cómo construir un puente entre ellos. Es aquí que la concepción de nuestra mente subjetiva individual como nuestra parte en la mente subjetiva universal, provee los medios para afrontar la dificultad, ya que, por un lado, está en conexión inmediata con la mente universal, y por el otro, está en conexión inmediata con la mente individual objetiva o intelectual; y ésta, a su vez, está en conexión inmediata con el mundo de la externalización, que está condicionado en el tiempo y el espacio. Así, la relación entre la mente subjetiva y objetiva en el individuo forma el puente que se necesita para conectar los dos extremos de la escala.

La mente subjetiva individual puede ser considerada como el órgano del Absoluto, precisamente de la misma manera que la mente objetiva es el órgano de lo Relativo, y para regular nuestro uso de estos dos órganos es necesario comprender lo que significan realmente los términos “absoluto” y “relativo”.

Lo absoluto es aquella idea de una cosa que la contempla como existente en sí misma y no en relación con otra cosa, es decir, que contempla su esencia; y lo relativo es aquella idea de una cosa que la contempla con relación a otras cosas, es decir, como circunscrita por un determinado entorno. Lo absoluto es la región de las causas y lo relativo es la región de las condiciones, por lo tanto, si deseamos controlar las condiciones, solo podemos lograrlo a través de nuestro poder del pensamiento operando en el plano de lo absoluto; lo cual solo se puede hacer por medio de la mente subjetiva.

El uso consciente del poder creativo del pensamiento consiste en alcanzar el poder del Pensamiento en lo Absoluto, y esto solo puede lograrse mediante una clara concepción de la interacción entre nuestras diferentes funciones mentales. Por esta razón, el estudiante debe impresionar enfáticamente sobre sí mismo que la mente subjetiva, en cualquier escala, es intensamente sensible a la sugestión, y como poder creativo, trabaja con exactitud para externalizar aquella sugestión que está más profundamente impresa en ella. Un correcto reconocimiento de nuestra constitución mental nos permitirá, por medio de un método claro y definido, sacar cualquier idea del reino de lo

relativo, donde está limitada y restringida por las condiciones que le imponen las circunstancias que la rodean, y transferirla al reino de lo absoluto, donde no está limitada.

El objeto de nuestro deseo necesariamente es primero concebido por nosotros como relacionado a las circunstancias existentes, las cuales pueden o no parecer favorables a él; y lo que queremos hacer es eliminar el elemento de contingencia y alcanzar algo que es cierto en sí mismo. Hacer esto es trabajar en el plano de lo absoluto, y para este propósito debemos esforzarnos por impresionar en nuestra mente subjetiva la idea de aquello que deseamos, al margen de toda condición. Esta separación de los elementos de condición implica la eliminación de la idea del tiempo, consecuentemente, debemos pensar en aquello como si ya existiera realmente. A menos que hagamos esto, no estaremos operando conscientemente en el plano de lo absoluto y, por lo tanto, no estaremos empleando el poder creativo de nuestro pensamiento.

El método práctico más sencillo para adquirir el hábito de pensar de esta manera es concebir la existencia en el mundo espiritual de un prototipo espiritual de cada cosa que existe, el cual se convierte en la raíz de la existencia externa correspondiente. Si nos acostumbramos a mirar el prototipo espiritual como el ser esencial de las cosas, y la forma material como el crecimiento de este prototipo en la expresión externa, entonces veremos que el paso inicial para la producción de cualquier hecho externo debe ser la creación de su prototipo espiritual. Este prototipo, siendo puramente espiritual, solamente puede ser formado por la operación del pensamiento, y para que tenga sustancia en el plano espiritual debe ser pensado como realmente existente ahí.

Esta concepción ha sido elaborada por Platón en su doctrina de ideas arquetípicas y por Swedenborg en su doctrina de correspondencias; y un maestro aún más grande dijo, “Todo lo que pidan en oración, crean que ya lo han recibido y lo recibirán”. (Marcos 11:24). La diferencia de los tiempos en este versículo es notable. Aquí se nos pide que primero creamos que nuestro deseo ya ha sido concedido, que es una cosa ya realizada, y entonces su realización seguirá como una cosa en el futuro. Esto no es nada más que una dirección concisa para hacer uso del poder creativo del pensamiento, impresionando sobre la mente subjetiva universal aquella cosa en particular que deseamos, como un hecho ya existente. Siguiendo esta dirección estamos pensando en el plano de lo absoluto y eliminando de nuestras mentes toda consideración de condiciones externas, las cuales implican limitación y la

posibilidad de contingencias adversas. De esta manera, estamos plantando una semilla que, si la dejamos ininterrumpida, germinará infaliblemente en su manifestación externa.

Haciendo así un uso inteligente de nuestra mente subjetiva, nosotros creamos un núcleo, por así decirlo, el cual, en cuanto es creado comienza a ejercer una fuerza de atracción, atrayendo hacia sí material de carácter similar al suyo, y si se permite que este proceso siga sin ser interrumpido, continuará hasta que se manifieste una forma externa correspondiente a la naturaleza del núcleo en el plano objetivo y relativo.

Éste es el método universal de la Naturaleza en cada plano. Algunos de los pensadores más avanzados de la ciencia física moderna, en su esfuerzo por explorar el gran misterio del origen del mundo, han postulado la formación de lo que ellos llaman “anillos de vórtice” formados a partir de una sustancia primordial infinitamente fina. Nos dicen que, si un anillo de este tipo fuera formado en la escala más diminuta y se hiciera rotar, entonces, al estar rotando en el éter puro y no sujeto a ninguna fricción, de acuerdo a todas las leyes físicas conocidas, debería ser indestructible y su movimiento perpetuo. Si dejamos que dos anillos de este tipo se aproximen uno al otro, por la ley de atracción se unirían en un todo, y así sucesivamente hasta formar la materia manifiesta tal como la percibimos con nuestros sentidos externos. Por supuesto, nunca nadie ha visto estos anillos con los ojos físicos. Son una de esas abstracciones que resultan si seguimos las leyes de la física observada y las inevitables secuencias de las matemáticas con sus necesarias consecuencias. No podemos explicar las cosas que podemos ver a menos que supongamos la existencia de otras cosas que no podemos ver; y la “teoría del Vórtice” es una de estas suposiciones. Esta teoría no ha sido establecida por científicos mentales, sino simplemente por científicos físicos, como la conclusión última a la que sus investigaciones los han llevado, y esta conclusión es que todas las innumerables formas de la naturaleza tienen su origen en el núcleo infinitamente minúsculo del anillo vórtice. Cualquiera sea el medio por el cual el anillo de vórtice ha recibido su impulso inicial, es una cuestión con la cual la ciencia física como tal no está interesada.

Así, como la teoría del vórtice explica la formación del mundo inorgánico, la biología explica la formación del organismo vivo. Este también tiene su origen en un núcleo primario que, tan pronto como es establecido, opera como un centro de atracción para la formación de todos esos órganos físicos de los que se compone el individuo perfecto. La ciencia de la embriología

muestra que esta regla es válida, sin excepción, en toda la gama del mundo animal, incluido el ser humano; y la botánica muestra el mismo principio operando a través del mundo vegetal. Todas las ramas de la ciencia física demuestran el hecho de que toda manifestación completa, de cualquier tipo y en cualquier escala, se inicia con el establecimiento de un núcleo infinitamente pequeño pero dotado con una ilimitada energía de atracción, causando su incremento constante en poder y definición de propósito, hasta que el proceso de crecimiento se completa y la forma madura se establece como un hecho consumado.

Ahora bien, si éste es el método universal de la naturaleza, no hay nada antinatural en suponer que debe comenzar su operación en una etapa bastante anterior a la de la formación del núcleo material. Tan pronto como éste es llamado a la existencia, comienza a operar por la ley de atracción en el plano material; pero, ¿cuál es la fuerza que origina el núcleo material? Dejemos que un reciente trabajo en la ciencia física nos dé la respuesta:

En su esencia última, la energía puede ser incomprensible para nosotros, excepto como una exhibición de la operación directa de aquello que llamamos Mente o Voluntad.

Esta cita es de un curso de conferencias acerca de “Ondas en el Agua, Aire y Éter,” dada en 1902, en el Instituto Real, por J. A. Fleming. Aquí está el testimonio de la ciencia física de que la energía originaria es la Mente o Voluntad y, por lo tanto, no solo estamos haciendo una deducción lógica a partir de ciertas intuiciones inevitables de la mente humana, sino que también estamos siguiendo las líneas de la ciencia física más avanzada, cuando decimos que la acción de la Mente planta ese núcleo, el cual, si se le permite crecer ininterrumpido, eventualmente atraerá hacia sí todas las condiciones necesarias para su manifestación en la forma exterior visible.

Ahora, la única acción de la Mente es el Pensamiento; y es por esta razón que mediante nuestros pensamientos creamos las condiciones externas correspondientes, porque así creamos el núcleo que atrae hacia sí sus propias correspondencias en el debido orden, hasta que el trabajo final es manifestado en el plano externo. Esto está de acuerdo con la concepción estrictamente científica de la ley universal de crecimiento; y podemos resumir brevemente todo el argumento diciendo que nuestro pensamiento de cualquier cosa forma un prototipo espiritual de ello, constituyendo así un núcleo o centro de atracción para todas las condiciones necesarias para su eventual externalización por una ley de crecimiento inherente en el prototipo mismo.

[6]

La Ley del Crecimiento

Un correcto entendimiento de la Ley del Crecimiento es de la más alta importancia para el estudiante de Ciencia Mental. El gran hecho que debe comprenderse con respecto a la Naturaleza, es que es natural. Podemos distorsionar el orden de la Naturaleza, pero éste prevalecerá a largo plazo, regresando - como dijo Horacio - por la puerta trasera, aunque lo saquemos con una horquilla; y el principio, el medio y el fin de la ley de la Naturaleza es el principio de crecimiento a partir de una vitalidad inherente a la entidad misma.

Si entendemos esto desde el comienzo, no vamos a deshacer nuestro propio trabajo tratando de forzar las cosas para que se conviertan en aquello que por su propia naturaleza no son. Por esta razón, cuando la Biblia dice que "aquel que cree, no se apresurará" está enunciando un gran principio natural de que el éxito depende de que utilicemos la ley universal del crecimiento y no nos opongamos a ella. Sin duda, cuanto mayor sea la vitalidad que pongamos en el germen, el cual hemos acordado llamar el prototipo espiritual, más rápido germinará; pero esto se debe simplemente a que, con una concepción más profunda ponemos más poder de crecimiento en la semilla que con una concepción más débil.

Eventualmente nuestros errores siempre pueden rastrearse a nuestra falta de confianza en la ley del crecimiento. O bien pensamos que podemos apresurarlo con nuestro propio esfuerzo desde el exterior, lo que nos lleva a la prisa y a la ansiedad, por no decir que a veces nos lleva al empleo de métodos tremendamente equivocados; o bien renunciamos a toda esperanza, negando así el poder de germinación que tenía la semilla que habíamos plantado. En ambos casos el resultado es el mismo, porque en ambos estamos formando un nuevo prototipo espiritual de un carácter opuesto a nuestro deseo, el cual neutraliza el primero que se formó, lo desintegra y usurpa su

lugar. La ley es siempre la misma, que nuestro Pensamiento forma un prototipo espiritual que, si se deja tranquilo, se reproducirá en circunstancias externas; la única diferencia está en el tipo de prototipo que formamos, de este modo, el mal nos llega precisamente a través de la misma ley que el bien.

Estas consideraciones simplificarán en gran medida nuestras ideas acerca de la vida. Ya no tenemos que considerar dos fuerzas como la causa de todas las cosas, sino solamente una. La diferencia entre el bien y el mal es simplemente el resultado de la dirección en la cual se hace fluir esta fuerza. Es una ley universal que, si invertimos la acción de una causa, al mismo tiempo invertimos su efecto. Con el mismo aparato podemos comenzar por el movimiento mecánico que generará electricidad o podemos comenzar con la electricidad que generará el movimiento mecánico; o tomando un simple ejemplo aritmético: si 10 ÷ 2 =5, entonces 10 ÷ 5=2. Por lo tanto, si reconocemos el poder del pensamiento para producir cualquier resultado, veremos que la ley por la cual el pensamiento negativo produce resultados negativos es la misma por la cual el pensamiento positivo produce resultados positivos. Entonces, toda nuestra desconfianza en la ley del crecimiento, ya sea que se demuestre en el ansioso esfuerzo de presionar desde el exterior, o al permitir que la desesperación tome el lugar de la gozosa expectación, revierte la acción de la causa original y consecuentemente revierte la naturaleza de los resultados. Es por esta razón que la Biblia, que es el libro más profundamente esotérico de todos, continuamente hace tanto énfasis sobre la eficacia de la fe y la destructiva influencia de la incredulidad. De igual manera, todos los libros de cualquier rama de la ciencia espiritual, enfáticamente nos advierten contra la admisión de la duda o el miedo. Ellos son la inversión del principio que construye, por consiguiente, son el principio que destruye; pero la Ley en sí misma nunca cambia, y es en la inmutabilidad de la Ley que se fundamenta toda la Ciencia Mental.

Nosotros estamos acostumbrados a entender la inmutabilidad de la ley natural en nuestra vida diaria, de manera que no debería ser difícil comprender que esa misma inmutabilidad de la ley que se presenta en el lado visible de la naturaleza, también se presenta en el lado invisible. El factor variable no es la ley, sino nuestra propia volición; y es al combinar este factor variable con el invariable que podemos producir los diversos resultados que deseamos.

El principio de crecimiento es el de la vitalidad inherente en la semilla misma, y las operaciones del jardinero tienen su análogo exacto en la Ciencia

mental. Nosotros no ponemos la vitalidad autoexpansiva en la semilla, pero necesitamos sembrarla y también regarla, por así decirlo, con la contemplación tranquila y concentrada de nuestro deseo como si ya fuera realmente un hecho consumado. Cuidadosamente debemos eliminar de dicha contemplación cualquier idea de un esfuerzo extenuante de nuestra parte para hacer crecer la semilla. Su eficacia consiste en ayudar a mantener alejados esos pensamientos negativos de duda, los cuales plantarían cizaña en nuestro trigo. Por eso, en lugar de cualquier esfuerzo, tal contemplación debe estar acompañada por un sentimiento de placer y tranquilidad al prever el seguro cumplimiento de nuestros deseos. Esto es hacer nuestras peticiones a Dios con gratitud, como recomienda San Pablo, y su razón reside en esa perfecta totalidad de la Ley del Ser, que solamente necesita nuestro reconocimiento de ella para ser utilizada por nosotros en la medida que lo deseemos.

Algunas personas poseen el poder de visualización, o hacer imágenes mentales de las cosas, en un nivel más avanzado que otras, y tal facultad puede emplearse ventajosamente para facilitar la realización del trabajo de la Ley. Pero aquellos que no poseen tal facultad de manera notable, no deben desanimarse por su falta de ella, ya que la visualización no es la única manera de reconocer que la ley está operando en el plano invisible. Aquellos cuya inclinación mental es hacia la ciencia física deberían comprender esta Ley de Crecimiento como la fuerza creativa en toda la naturaleza; y aquellos que tengan una mente matemática pueden reflexionar que todos los sólidos se generan a partir del movimiento de un punto, el cual, como nos dice nuestro viejo amigo Euclides, es aquello que no tiene partes ni magnitud, por lo tanto, es una abstracción tan completa como podría serlo cualquier núcleo espiritual. Para usar las palabras apostólicas, estamos tratando con la sustancia de las cosas que no se ven, y tenemos que adquirir ese hábito mental por medio del cual podremos ver su realidad y sentiremos que estamos manipulando mentalmente la única sustancia que existe en última instancia, y de la cual todas las cosas visibles son solo diferentes modos. Por lo tanto, debemos considerar nuestras creaciones mentales como realidades espirituales y luego confiar implícitamente en que la Ley de Crecimiento haga el resto.

[7]

Receptividad

A fin de sentar las bases para el trabajo práctico, el estudiante debe esforzarse por obtener una clara concepción de lo que significa la inteligencia del espíritu indiferenciado. Queremos comprender la idea de la inteligencia separada de la individualidad, esta es una idea que suele eludirnos hasta que nos acostumbramos a ella. Es la falta de comprensión de esta cualidad del espíritu lo que ha dado lugar a todos los errores teológicos que han traído tanta amargura al mundo y que han sido prominentes entre las causas que han retrasado el verdadero desarrollo de la humanidad.

Tal vez es imposible transmitir con exactitud esta idea con palabras, y el intentar definirlo es introducir la misma idea de limitación que queremos evitar. Es una cuestión de sentimiento más que de definición; sin embargo, hay que hacer algún intento para indicar la dirección en la que debemos sentir esta gran verdad. La idea es comprender la personalidad sin esa individualidad que diferencia a una persona de otra. “Yo no soy ese otro porque Yo soy yo” - esta es la definición de la individualidad; pero necesariamente imparte la idea de limitación, porque el reconocimiento de cualquier otra individualidad, afirma a la vez un punto donde cesa nuestra propia individualidad y comienza la del otro.

Ahora bien, este modo de reconocimiento no puede ser atribuido a la Mente Universal. Reconocer un punto donde ella misma cesa y comienza otra cosa, sería reconocerse a sí misma como no-universal; porque el significado de la universalidad es la inclusión de todas las cosas; por lo tanto, el hecho de que esta inteligencia reconociera algo fuera de sí misma, sería una negación de su propio ser. Sin duda, podemos decir que cualquiera que sea la naturaleza de su inteligencia debe estar totalmente desprovista del elemento de autorreconocimiento como personalidad individual en cualquier escala.

Visto desde esta perspectiva, es evidente que el Espíritu originario

omnipresente es el gran principio impersonal de la Vida que da origen a todas las manifestaciones particulares de la Naturaleza. Su absoluta impersonalidad, en el sentido de la ausencia total de cualquier conciencia del ser individual, es un punto en el cual es imposible insistir demasiado. Atribuirle una imposible individualidad a la Mente universal es uno de los dos grandes errores que encontramos socavando los fundamentos de la religión y la filosofía de todas las edades. El otro error consiste en precipitarse al extremo opuesto y negar la cualidad de inteligencia personal a la Mente Universal. La respuesta a este error permanece, como en antaño, en la simple pregunta: "¿Aquel que hizo el ojo no habrá de ver? ¿Aquel que implantó el oído, no habrá de escuchar?" - o para usar un proverbio popular "No puedes sacar de una bolsa más de lo que hay en ella". Por consiguiente, el hecho de que nosotros mismos seamos centros de esta inteligencia personal es una prueba de que lo infinito, desde donde se concentran estos centros, debe ser inteligencia infinita y así, no podemos evitar atribuirle los dos factores que constituyen la personalidad, es decir, inteligencia y volición.

De esta manera, llegamos a la conclusión de que esta esencia universalmente difundida, de la cual podemos pensar como una especie de protoplasma espiritual, debe poseer todas las cualidades de la personalidad, sin ese reconocimiento consciente del ser que constituye la individualidad separada: y dado que la palabra "personalidad" se ha asociado tanto en nuestra conversación diaria con la idea de "individualidad", tal vez será mejor acuñar un término nuevo y hablar de la «personalización» de la Mente Universal para indicar su cualidad personal, aparte de la individualidad.

Debemos comprender que este espíritu universal impregna todo el espacio y toda sustancia manifestada, tal como los científicos físicos nos dicen que lo hace el éter, y que donde quiera que esté, debe llevar consigo todo lo que es en su propio ser; entonces veremos que estamos en medio de un océano de Vida indiferenciada pero inteligente, por encima, por debajo y alrededor, impregnándonos, tanto mentalmente como corporalmente, y también a todos los demás seres.

Gradualmente, a medida que vamos comprendiendo la verdad de esta declaración, nuestros ojos comenzarán a abrirse a su inmenso significado. Significa que toda la Naturaleza está llena de una «personalización» interior, infinita en sus potencialidades de inteligencia, capacidad de respuesta y poder de expresión, la cual solamente espera ser llamada a la actividad por nuestro reconocimiento de ella. Por los términos de su naturaleza, solamente puede

respondernos en la medida que la reconozcamos. Si estamos en ese nivel intelectual donde no podemos ver nada más que el azar gobernando el mundo, entonces esta mente universal subyacente se nos presentará nada más que como una fortuita confluencia de fuerzas sin ningún orden inteligible. Si estamos lo suficientemente avanzados como para ver que tal confluencia solo podría producir un caos, y no un cosmos, entonces nuestras concepciones se expanden a la idea de una Ley universal y encontramos que esta es la naturaleza del principio todo-subyacente.

Hemos hecho un enorme avance desde el reino del simple accidente a un mundo donde existen principios definidos sobre los cuales podemos calcular con certeza cuando los conocemos. Pero aquí está el punto crucial. Las leyes del universo están ahí, pero nosotros somos ignorantes de ellas, y solo a través de la experiencia obtenida por los repetidos fracasos podemos llegar a comprender las leyes con las que tenemos que tratar. ¡Qué doloroso es cada paso y qué lento el progreso! Eones tras eones no serían suficientes para comprender todas las leyes del universo en su totalidad, no solamente en el mundo visible, sino también en el mundo invisible; cada falta de conocimiento de la verdadera ley implica el sufrimiento derivado de nuestro ignorante incumplimiento de ella; y así, puesto que la Naturaleza es infinita, nos encontramos con la paradoja de que de alguna manera debemos abarcar el conocimiento de lo infinito con nuestra inteligencia individual, y debemos peregrinar por una incesante Vía Dolorosa bajo el látigo de la inexorable Ley, hasta que encontremos la solución al problema.

Pero se preguntarán: “¿No podemos seguir hasta que por fin alcancemos todo el conocimiento?” La gente no se da cuenta de lo que significa “lo infinito” o no harían tales preguntas. Lo infinito es aquello que es ilimitado e inagotable. Imagina la capacidad más vasta que puedas, y una vez que la llenes con lo infinito, lo que queda del infinito es tan infinito como antes. Para el matemático, esto se puede explicar muy claramente. Eleva X a la potencia que quieras, y no importa qué tan vasta sea la disparidad entre ésta y las potencias inferiores de X, ambas son igualmente inconmensurables con X^n. El reino universal de la Ley es una verdad magnífica; es uno de los dos grandes pilares del universo simbolizados por los dos pilares que estaban a la entrada del templo de Salomón: es Jachin, pero Jachin debe ser equilibrado con Boaz.

Es una verdad imperecedera que nunca podrá ser alterada, que toda infracción a la Ley de la Naturaleza debe llevar consigo sus consecuencias

punitivas. Nunca podemos salirnos del rango de la causa y el efecto. No hay escapatoria de la ley del castigo, excepto por el conocimiento. Si conocemos una ley de la Naturaleza y trabajamos con ella, encontraremos que es nuestra amiga infalible, siempre dispuesta a servirnos, y nunca reprendiéndonos por los errores pasados; pero si la transgredimos, ignorantemente o voluntariamente, se convierte en nuestra enemiga implacable, hasta que una vez más volvamos a obedecerla. Por tanto, la única redención del dolor perpetuo y la esclavitud, es la autoexpansión que puede abarcar la infinitud misma. ¿Cómo se logra esto? Por medio de nuestro progreso hacia ese tipo y grado de inteligencia mediante el cual comprendemos la inherente «personalización» de la Vida divina omnipresente, que es a la vez la Ley y la Sustancia de todo lo que existe. Bien dijeron los antiguos rabinos judíos: “La Ley es una Persona”. Cuando nos damos cuenta que la Vida universal y la Ley universal son una con la «Personalización» universal, entonces, hemos establecido el pilar Boaz como el complemento necesario para Jachin; y cuando encontramos el punto común en el que se unen estos dos, hemos levantado el Arco Real a través del cual podemos entrar triunfalmente en el Templo.

Debemos disociar la «Personalización» Universal de toda concepción de individualidad. Lo universal jamás puede ser lo individual; eso sería una contradicción de términos. No obstante, ya que la «personalización» universal es la raíz de todas las personalidades individuales, encuentra su máxima expresión en respuesta a aquellos que reconocen su naturaleza personal. Y este reconocimiento es el que soluciona la paradoja aparentemente insoluble. La única manera en que podemos alcanzar ese conocimiento de la Ley Infinita que transformará la vía Dolorosa en el Sendero de la Alegría, es incorporar en nosotros mismos un principio de conocimiento acorde con la infinidad de aquello que se ha de conocer; y esto se logra comprendiendo que es una inteligencia universal - infinita como la ley misma - en medio de la cual flotamos como en un océano viviente. Una Inteligencia sin personalidad individual, pero que, al producirnos, se concentra a sí misma en las personalidades individualidades que somos.

¿Cuál debería ser la relación de tal Inteligencia hacia nosotros? No una de favoritismo: siendo Ley no puede considerar a una persona por encima de otra, porque ella misma es la raíz y apoyo de todos por igual. No una de rechazo a nuestros avances, ya que carente de individualidad no puede tener ningún objetivo personal propio que entre en conflicto con el nuestro; y dado

que es en sí misma el origen de toda inteligencia individual, no puede ser excluida por la incapacidad de comprender. Por los mismos términos de su ser, esta Mente infinita, subyacente, todo-creadora, debe estar lista a responder inmediatamente a todos quienes comprendan su verdadera relación con ella. Como el principio mismo de la Vida, debe ser infinitamente susceptible al sentimiento y consecuentemente reproducirá con absoluta exactitud cualquier concepción de sí misma que imprimamos en ella. Asimismo, si reconocemos la mente humana como esa etapa en la evolución del orden cósmico en la cual ha surgido una individualidad capaz de expresar, no solo la vivacidad, sino también la «personalización» del espíritu universal subyacente, entonces veremos que su modo más perfecto de autoexpresión debe ser identificándose a sí misma con estas personalidades individuales.

Por supuesto, la identificación está limitada por la medida de la inteligencia individual, es decir, no solo la percepción intelectual de la secuencia de causa y efecto, sino además esa indescriptible reciprocidad de sentimiento por la que instintivamente reconocemos algo en otro que lo hace semejante a nosotros mismos; de este modo, cuando inteligentemente comprendemos que el principio más íntimo del ser, a causa de su universalidad, debe tener una naturaleza común con la nuestra, hemos resuelto la paradoja del conocimiento universal, porque hemos reconocido nuestra identidad de ser con la Mente Universal, que es proporcional con la Ley Universal. Así llegamos a la verdad de la declaración de San Juan: “Ustedes conocen todas las cosas”, solo que este conocimiento está principalmente en el plano espiritual. No es llevado a una declaración intelectual, ya sea necesario o no, porque no es en sí mismo el conocimiento específico de hechos particulares, sino que es el principio indiferenciado del conocimiento, el cual podemos diferenciar en cualquier dirección que elijamos. Esto es una necesidad filosófica del caso, porque, aunque la acción de la mente individual consista en diferenciar lo universal en aplicaciones particulares, diferenciar el todo universal sería una contradicción de términos y así, dado que no podemos agotar lo infinito, nuestra posesión debe consistir en nuestro poder de diferenciarlo según lo requiera la ocasión, siendo el único límite aquel que nosotros asignemos a la manifestación.

De esta manera, el reconocimiento de la comunión de la personalidad entre nosotros y el Espíritu universal indiferenciado, el cual es la raíz y sustancia de todas las cosas, resuelve la cuestión de nuestra liberación del puño de hierro de una Ley inflexible, no aboliendo la Ley, lo que significaría

la aniquilación de todas las cosas, sino produciendo en nosotros una inteligencia igual en afinidad con la Ley universal misma, permitiéndonos así comprender y cumplir los requisitos de la Ley en cada caso particular, a medida que surgen. De este modo, la Inteligencia Cósmica se vuelve individual y la inteligencia individual se vuelve universal; las dos se convierten en una, y en la medida en que esta unidad se reconoce y se actúa, se encontrará que la Ley, la cual da lugar a todas las condiciones externas, ya sea del cuerpo o de las circunstancias, se entiende cada vez más claramente y, en consecuencia, puede ser utilizada más libremente. Así, mediante un esfuerzo constante e inteligente por desarrollarse en estas líneas, podemos alcanzar grados de poder a los cuales es imposible asignar ningún límite.

El estudiante que quiera comprender el razonamiento del desarrollo de sus propias posibilidades no debe equivocarse en ese punto. Debe comprender que todo el proceso consiste en poner lo universal al alcance de lo individual, elevando lo individual al nivel de lo universal, y no a la inversa. Es un axioma matemático que no puedes contraer lo infinito, pero que si puedes expandir lo individual; y es precisamente en estas líneas que funciona la evolución. Las leyes de la naturaleza no pueden ser alteradas en el más mínimo grado; pero podemos llegar a tal comprensión de nuestra propia relación con el principio universal de la Ley que las subyace, como para poder poner a nuestro servicio todas las leyes particulares, ya sean del lado visible o invisible de la Naturaleza, y así encontrarnos amos de la situación. Esto debe lograrse mediante el conocimiento; y el único conocimiento que logrará este propósito en toda su inmensurable inmensidad, es el conocimiento del elemento personal en el Espíritu Universal en su reciprocidad con nuestra propia personalidad. Por lo tanto, nuestro reconocimiento de este Espíritu debe ser doble: como el principio de secuencia necesario, orden o Ley, y también como el principio de Inteligencia, que responde a nuestro propio reconocimiento de él.

[8]

Acción Recíproca de la Mente Universal e Individual

Debe admitirse que las consideraciones anteriores nos llevan a las fronteras de la especulación teológica, pero el estudiante debe tener presente que, como Científico Mental, su tarea es considerar incluso los fenómenos espirituales más exaltados desde un punto de vista puramente científico, que son el funcionamiento de una Ley natural universal. Así, si él se ocupa simplemente de los hechos tal como los encuentra, no habrá duda de que el verdadero significado de muchas declaraciones teológicas se hará muy claro para él. Sin embargo, hará bien en establecer como regla general que no es necesario que demos una explicación teológica ni para el uso ni para la comprensión de ninguna ley, ya sea del lado personal o impersonal de la Naturaleza. No obstante, nunca es demasiado insistir en la cualidad personal inherente en el espíritu universal subyacente, que está presente en todas las cosas; debemos recordar que, al tratar con él, estamos tratando con un poder puramente natural que reaparece en cada punto con una variedad proteica de formas, ya sea como persona, animal o cosa. En cada caso, en lo que se convierte para cualquier individuo se mide exactamente por ese reconocimiento individual de él. Para todos y cada uno conlleva la relación de apoyo de la raza, y donde el desarrollo individual es incapaz de reconocer nada más, ese es el límite de la relación; pero a medida que el poder de reconocimiento del individuo se expande, él encuentra una expansión recíproca por parte de este poder inteligente, el cual se desarrolla gradualmente en la conciencia de una compañía íntima entre la mente individualizada y la fuente no-individualizada de la misma.

Ahora bien, según los principios científicos comunes, esta es exactamente la relación que debemos esperar encontrar entre el individuo y la mente

cósmica, en el supuesto de que la mente cósmica es la mente subjetiva y, por las razones ya expuestas, no podemos considerarla de otro modo. Como mente subjetiva debe reproducir exactamente la concepción de sí misma, la cual le imprime la mente objetiva del individuo, actuando a través de su propia mente subjetiva. Al mismo tiempo, como mente creativa, construye hechos externos en correspondencia con esta concepción. “Quot homines tot sententioe” (tantos hombres como opiniones): Cada uno exterioriza en sus circunstancias externas precisamente su idea de la Mente Universal; y la persona que comprende que por la ley natural de la mente puede llevar a la Mente Universal a una acción perfectamente recíproca con la suya, la convertirá: por un lado, en una fuente de instrucción infinita, y por el otro, en una fuente de poder infinito. Así, alternará sabiamente los aspectos personales e impersonales entre su mente individual y la Mente Universal respectivamente; cuando busque guía o fuerza, considerará su propia mente como el elemento impersonal que ha de recibir la personalidad de la sabiduría y la fuerza superiores de la Gran Mente; por otra parte, cuando tenga que dar esas reservas así acumuladas, deberá revertir la posición y considerar su propia mente como el elemento personal y la Mente Universal como impersonal, la cual podrá dirigir con certeza al impresionar su propio deseo personal sobre ella. No hay que asombrarse ante la grandeza de esta conclusión, porque se deduce necesariamente de la relación natural entre las mentes subjetiva y objetiva; y la única pregunta es si limitaremos nuestra visión al nivel inferior de la mente objetiva, o la expandiremos para abarcar las ilimitadas posibilidades que nos presenta la mente subjetiva.

He tratado este asunto con cierta profundidad porque nos ofrece la clave de dos temas muy importantes: la Ley del Suministro y la naturaleza de la Intuición. Los estudiantes a menudo encuentran que es más fácil entender cómo la mente puede influir en el cuerpo con el que está tan íntimamente asociado, que entender cómo puede influir en las circunstancias. Si la operación del poder del pensamiento se limitara exclusivamente a la mente individua, podría surgir esta dificultad; pero si hay una lección que el estudiante de Ciencia Mental debe tomar muy en serio, más que ninguna otra, es que la acción del poder del pensamiento no está limitada a una individualidad circunscrita. Lo que hace el individuo es dar dirección a algo que es ilimitado, poner en acción una fuerza infinitamente mayor que la suya, la cual, por ser impersonal, aunque inteligente, recibirá la impresión de su personalidad y podrá hacer sentir su influencia más allá de los límites que

restringen la percepción objetiva del individuo de las circunstancias con las que tiene que tratar. Es por esta razón que pongo tanto énfasis en la combinación de dos aparentes opuestos en la Mente Universal, la unión de la inteligencia con la impersonalidad. La inteligencia no solo le permite recibir la impresión de nuestro pensamiento, sino también le hace idear exactamente los medios correctos para lograrlo. Este es solamente el resultado lógico de la hipótesis de que estamos tratando con una Inteligencia infinita la cual también es Vida infinita. Vida significa Poder, por lo tanto, vida infinita significa poder ilimitado; y poder ilimitado movido por inteligencia ilimitada no puede concebirse jamás como deteniéndose sin alcanzar el logro de su objetivo; de modo que, dada la intención por parte de la Mente Universal, no puede haber duda de su logro final.

Entonces, viene el asunto de la intención. ¿Cómo sabemos cuál puede ser la intención de la mente Universal? Aquí entra el elemento de la impersonalidad. No tiene intención porque es impersonal. Como ya he dicho, la Mente Universal trabaja por una ley de promedios para el avance de la raza, y no se preocupa de ninguna manera por los deseos particulares del individuo. Si sus deseos están alineados con el movimiento de avance del principio eterno, no hay ningún poder en la Naturaleza que pueda restringir su cumplimiento. Si están en oposición al movimiento general de avance, entonces lo llevarán a una colisión y lo aplastarán. De la relación entre ellos resulta el mismo principio que se muestra en la mente individual como Voluntad, en la mente universal se convierte en una Ley de Tendencia; y la dirección de esta tendencia debe ser siempre la de dar Vida, porque la mente universal es el Espíritu-de-Vida indiferenciado del universo.

Por lo tanto, en cada caso, la prueba es si nuestra intención particular está en la misma dirección hacia la vida; si lo está, podemos estar absolutamente seguros de que no hay intención por parte de la mente universal de oponerse a la intención de nuestra mente individual; estamos tratando con una fuerza puramente impersonal y no se opondrá a nosotros por sus propios planes específicos, como tampoco lo harían el vapor o la electricidad.

Combinando estos dos aspectos de la Mente Universal, su absoluta impersonalidad y su inteligencia perfecta, encontramos precisamente el tipo de fuerza natural que necesitamos, algo que sobrellevará cualquier cosa que pongamos en sus manos, sin hacer preguntas ni negociando términos, y habiendo tomado nuestro asunto, aportará una inteligencia, para la cual todo el conocimiento unido de la raza humana es insignificante, y ofrecerá un

poder equivalente a esta inteligencia. Quizás estoy usando un modo de expresión muy simple y básico, pero mi objetivo es mostrarle al estudiante la naturaleza del poder que él puede emplear y el método de usarlo. Puedo establecer toda la posición así: Tu objetivo no es dirigir todo el cosmos sino atraer beneficios particulares, físicos, mentales, morales o financieros a tu propia vida o a la de otra persona. Desde este punto de vista individual, el poder creativo universal no tiene mente propia, por lo tanto, tú puedes decidir por él. Cuando se ha hecho una decisión, nunca revoca su lugar como el poder creativo, sino que inmediatamente se pone a trabajar para llevar a cabo el propósito para el cual se ha concentrado; y a menos que esta concentración sea disipada por el mismo agente que la produjo en primer lugar (tú mismo), trabajará en ello por la ley del crecimiento para completar la manifestación en el plano exterior.

Al tratar con esta gran inteligencia impersonal, estamos tratando con lo infinito, y debemos comprender completamente la infinitud como aquello que toca todos los puntos, y si lo hace, no debiera ser difícil entender que esta inteligencia puede atraer todos los medios necesarios para su propósito, incluso desde los confines del mundo. Así, comprendiendo la Ley a través de la cual se puede producir el resultado, debemos resueltamente dejar a un lado todo cuestionamiento en cuanto a los medios específicos que se emplearán en cada caso. Cuestionar esto es sembrar la semilla de la duda, la cual debe ser el primer elemento a erradicar, por eso, nuestro esfuerzo intelectual debe ser dirigido, no al intento de predecir las diversas causas secundarias que eventualmente se combinarán para producir el resultado deseado, estableciendo de antemano qué causas particulares deben ser necesarias y de qué lugar deben de provenir; sino que debemos dirigir nuestro esfuerzo intelectual a ver más claramente la racionalidad de la ley general por la cual se ponen en movimiento las cadenas de causas secundarias.

Utilizando nuestro intelecto de la manera antigua se convierte en el mayor obstáculo para nuestro éxito, ya que solo ayuda a aumentar nuestras dudas, al intentar comprender detalles que por el momento están enteramente fuera de su círculo de visión; pero empleado de la manera sugerida, constituye la ayuda más importante para mantener ese núcleo, sin el cual no hay un centro desde el cual el principio de crecimiento pueda afirmarse. El intelecto solo puede deducir consecuencias de los hechos que es capaz de afirmar, consecuentemente, no puede deducir ninguna certeza sobre hechos de cuya existencia aún no tiene ningún conocimiento por medio de sus sentidos

externos; pero por la misma razón, puede comprender la existencia de una ley a través de la cual las circunstancias aún no manifestadas pueden ser traídas a manifestación. Entonces, usado en su orden correcto, el intelecto se convierte en el sirviente de ese poder más interno dentro de nosotros, el cual manipula la sustancia invisible de todas las cosas y que podemos llamar la primera causa relativa.

[9]

Causas y Condiciones

En la última sección se utilizó la expresión “primera causa relativa” para distinguir la acción del principio creativo en la mente individual de la Primera Causa Universal por un lado y de las causas secundarias por el otro. Tal como existe en nosotros, la causalidad primaria es el poder para iniciar una cadena de causación dirigida a un propósito individual. Como el poder de iniciar una nueva secuencia de causa y efecto es la primera causa, y como es referida a un propósito individual, es relativa; por lo tanto, puede considerarse como primera causa relativa, o el poder de la causalidad primaria manifestada por el individuo.

La comprensión y el uso de este poder es todo el objeto de la Ciencia Mental y es necesario que el estudiante vea claramente la relación entre causas y condiciones. Una sencilla ilustración expondrá este propósito mejor que una elaborada explicación:

Si se lleva una vela encendida a una habitación, ésta se ilumina, y si se retira la vela, la habitación vuelve a estar oscura. Ahora bien, tanto la iluminación como la oscuridad son condiciones, una es positiva, que resulta de la presencia de la luz, y otra es negativa, que resulta de su ausencia.

De este sencillo ejemplo se desprende que toda condición positiva tiene una condición negativa exactamente opuesta que le corresponde, y que esta correspondencia resulta de su relación con la misma causa, una positivamente y otra negativamente. En consecuencia, podemos establecer la regla de que todas las condiciones positivas resultan de la presencia activa de una causa determinada, y todas las condiciones negativas de la ausencia de tal causa.

Una condición, ya sea positiva o negativa, no es nunca una causa primaria, y la causa primaria de cualquier serie no puede ser nunca negativa, porque la negación es la condición que surge de la ausencia de la causalidad activa. Esto debe ser entendido completamente, ya que es la base filosófica de todas

esas “negaciones” que juegan un papel tan importante en la Ciencia Mental, y que pueden resumirse en la declaración de que el mal, siendo negativo, o la privación del bien, no tiene existencia sustancial en sí mismo. Sin embargo, las condiciones, ya sean positivas o negativas, tan pronto como son llamadas a existencia, se convierten a su vez en causas y producen otras condiciones, y así sucesivamente ad infinitum, dando origen a toda la cadena de causas secundarias. Mientras juzguemos basados únicamente en la información que nos trasmiten los sentidos externos, estaremos trabajando en el plano de la causalidad secundaria y no veremos más que una sucesión de condiciones que son parte de una cadena infinita de condiciones antecedentes que surgen del pasado y se extienden hacia el futuro. Desde este punto de vista, estamos bajo el dominio de un destino de hierro del que no parece haber posibilidad de escapar. Esto se debe a que los sentidos externos solo son capaces de tratar con las relaciones que un modo de limitación tiene con otro, ya que son los instrumentos mediante los cuales obtenemos conocimiento de lo relativo y lo condicionado. Ahora, la única manera de escapar es elevándonos de la región de las causas secundarias hacia la de la causalidad primaria, donde se encuentra la energía originaria antes de que haya pasado a la manifestación como condición. Esta región se encuentra dentro de nosotros mismos; es la región de las ideas puras; y es por esta razón que he puesto énfasis en los dos aspectos del espíritu como pensamiento puro y como forma manifestada. El pensamiento-imagen o patrón ideal de una cosa es la primera causa relativa a esa cosa; es la sustancia de esa cosa, sin haber sido afectada por condiciones antecedentes.

Si reconocemos que todas las cosas visibles deben tener su origen en el espíritu, entonces, toda la creación que nos rodea es la evidencia de que el punto de partida de todas las cosas está en los pensamientos-imágenes o ideas; ya que no puede concebirse del espíritu otra acción, sino la formación de tales imágenes antes de su manifestación en la materia. De modo que, si éste es el modus operandi del espíritu para su autoexpresión, solamente tenemos que transferir esta concepción de la escala del espíritu cósmico operando en el plano de lo universal, al del espíritu individualizado operando en el plano de lo particular, para ver que la formación de una imagen ideal por medio de nuestro pensamiento está poniendo la primera causa en movimiento con respecto a este objeto específico. No hay diferencia de tipo entre la operación de la primera causa en lo universal y en lo particular, la diferencia es solamente una diferencia de escala, pero el poder en sí es

idéntico. Por lo tanto, debemos tener siempre muy claro si estamos usando la primera causa conscientemente o no. Nota la palabra “conscientemente”, porque, ya sea conscientemente o inconscientemente, siempre estamos usando la primera causa; y fue por esta razón que enfaticé el hecho de que la Mente Universal es puramente subjetiva y por lo tanto está sujeta a las leyes que se aplican a la mente subjetiva en cualquier escala. En efecto, siempre estamos imprimiendo algún tipo de ideas en ella, ya sea que seamos o no conscientes del hecho, y todas nuestras limitaciones existentes son el resultado de haber impresionado habitualmente sobre ella esa idea de limitación, la cual hemos absorbido, restringiendo toda posibilidad a la región de las causas secundarias. Pero ahora que la investigación nos ha demostrado que las condiciones nunca son causas en sí mismas, sino solo los eslabones subsiguientes de una cadena iniciada en el plano del ideal puro, lo que tenemos que hacer es invertir nuestro método de pensamiento y considerar el ideal como lo real, y la manifestación externa como un simple reflejo que debe cambiar con cualquier cambio que se produzca en el objeto que lo genera.

Por estas razones, es esencial saber si estamos conscientemente haciendo uso de la primera causa con un propósito definido o no, y éste es el criterio. Si consideramos el cumplimiento de nuestro propósito como dependiente de cualquier circunstancia, pasada, presente o futura, no estamos haciendo uso de la primera causa; hemos descendido al nivel de la causación secundaria, la cual es la región de las dudas, los temores y las limitaciones, todo lo cual estamos imprimiendo en la mente subjetiva universal, con el inevitable resultado que construirá las correspondientes condiciones externas. Pero si comprendemos que la región de las causas secundarias es simplemente la región de los reflejos, no pensaremos en nuestro propósito como algo dependiente de ninguna condición, sino que sabremos que al formar la idea de ello en lo absoluto y manteniendo esa idea, hemos moldeado la primera causa en la forma deseada y podemos esperar los resultados con alegre expectación.

Es aquí donde encontramos la importancia de reconocer la independencia del espíritu del tiempo y del espacio. Un ideal, como tal, no puede formarse en el futuro. Debe ser formado aquí y ahora, o no debe formarse en absoluto; y es por esta razón que todos los maestros que han hablado con el debido conocimiento del tema, han inculcado a sus seguidores la necesidad de imaginar el cumplimiento de sus deseos como algo ya realizado en el plano

espiritual, esto como condición indispensable para la manifestación en lo visible y concreto.

Cuando se entiende esto adecuadamente, cualquier pensamiento ansioso acerca de los medios que se utilizarán para la realización de nuestros propósitos, se ve como algo totalmente innecesario. Si el final ya está asegurado, se deduce que todos los pasos que conducen a ello están igualmente asegurados. Los medios llegarán al pequeño círculo de nuestras actividades conscientes día tras día en el debido orden, y entonces tenemos que trabajar en ellos, no con miedo, duda, ni exaltación, sino con calma y con alegría porque sabemos que el fin ya está asegurado y que nuestro uso razonable de tales medios que se presentan en la dirección deseada, son solamente una parte de un movimiento coordinado mucho mayor, cuyo resultado final no admite dudas.

La Ciencia Mental no ofrece un premio a la pereza, pero saca el trabajo de la región de la ansiedad y el esfuerzo, asegurando al trabajador el éxito de su labor, si no es en la forma precisa que había previsto, en otra aún más adecuada a sus necesidades. Pero supongamos que llegamos a un punto donde tenemos que tomar alguna decisión trascendental, ¿qué pasa si decidimos erróneamente? Sobre la hipótesis de que el fin ya está asegurado, no puedes decidir erróneamente. Tu decisión correcta es uno de los pasos necesarios para la obtención de un fin, como cualquiera de las otras condiciones que nos dirigen a él, por lo tanto, aunque debemos ser cuidadosos en evitar acciones apresuradas, podemos estar seguros que la misma Ley que está controlando el resto de las circunstancias en la dirección correcta, también influenciará nuestro juicio en esa dirección. Para obtener buenos resultados debemos entender adecuadamente nuestra relación con el gran poder impersonal que estamos utilizando. Este poder es inteligente y nosotros somos inteligentes, y ambas inteligencias deben cooperar. No debemos enfrentarnos a la Ley esperando que haga por nosotros lo que solamente puede hacer a través de nosotros; y por eso debemos utilizar nuestra inteligencia con el conocimiento de que está actuando como el instrumento de una inteligencia mucho mayor; y porque tenemos este conocimiento podemos, y debemos, cesar toda ansiedad sobre el resultado final. En la práctica: primero, debemos formar la concepción ideal de nuestro objetivo con la intención definida de impresionarla sobre la mente universal - es esta intención la que saca este pensamiento de la región de las simples fantasías ocasionales – y luego, afirmar que nuestro conocimiento de la ley es

razón suficiente para esperar tranquilamente un resultado correspondiente, y que todas las condiciones necesarias vendrán a nosotros en su debido orden. Entonces podemos regresar a nuestros asuntos cotidianos con la tranquila seguridad de que las condiciones iniciales ya están allí o pronto llegarán a nuestra vista. Si no las vemos inmediatamente, descansemos con la certeza de que el prototipo espiritual ya está en existencia y esperemos hasta que comience a mostrarse alguna circunstancia que apunte en la dirección deseada. Puede ser una circunstancia muy pequeña, pero lo que se debe tomar en consideración es la dirección y no la magnitud. Tan pronto como la veamos, debemos considerarla como el primer brote de la semilla que hemos sembrado en lo Absoluto y hacer calmadamente y sin exaltación lo que requieran las circunstancias, y más adelante veremos que este hecho nos conducirá a otras circunstancias en la misma dirección, hasta que nos encontramos guiados paso a paso, hasta conseguir nuestro objetivo. De esta manera, la comprensión del gran principio de la Ley de suministro, por medio de repetidas experiencias, nos liberará de pensamientos ansiosos o labor extenuante y nos llevará a un mundo nuevo, donde el empleo útil de todos nuestros poderes, ya sea mentales o físicos, serán solamente el desenvolvimiento de nuestra individualidad sobre las líneas de su propia naturaleza, en consecuencia, una fuente perpetua de salud y felicidad. Sin duda, un incentivo suficiente para estudiar cuidadosamente las leyes que gobiernan la relación entre el individuo y la Mente Universal.

[10]

Intuición

Hemos visto que la mente subjetiva es susceptible a la sugestión de la mente objetiva; pero también existe una acción de la mente subjetiva sobre la mente objetiva. La mente subjetiva del individuo es su propio ser más profundo, y su objetivo primordial es el mantenimiento de la individualidad de la cual es el fundamento; dado que es espíritu puro, tiene su existencia continua en ese plano del ser donde todas las cosas subsisten en el universal aquí y el eterno ahora. En consecuencia, puede informar a la mente inferior de las cosas que están fuera de su conocimiento, ya sea por los elementos de distancia o de tiempo futuro. Ya que la ausencia de las condiciones de tiempo y espacio lógicamente debe concentrar todas las cosas en un enfoque presente, no podemos asignar ningún límite al poder de percepción de la mente subjetiva y, por tanto, surge la pregunta: ¿por qué no mantiene a la mente objetiva continuamente informada de todos puntos? Y la respuesta es que lo haría, si la mente objetiva estuviese lo suficientemente entrenada para reconocer las indicaciones dadas, y uno de los propósitos de la Ciencia Mental es realizar este entrenamiento.

Una vez que reconocemos la posición de la mente subjetiva como la sostenedora de toda la individualidad, no podemos dudar de que gran parte de lo que consideramos como movimiento espontáneo de la mente objetiva tiene su origen en la mente subjetiva, impulsando a la mente objetiva en la dirección correcta, sin que seamos conscientes de ello. Sin embargo, cuando la urgencia del caso parece requerirlo o cuando, por alguna razón aún desconocida, la mente objetiva por un momento se encuentra en mayor sintonía con la mente subjetiva, entonces la voz interior se escucha más fuerte y persistentemente. Cuando esto sucede, haremos bien en poner toda nuestra atención a esa voz interior. La falta de espacio me impide dar ejemplos, pero sin duda, no faltarán en la experiencia del lector.

No se puede exagerar la importancia de entender y seguir la intuición, aunque francamente admito la gran dificultad práctica de mantener el feliz término medio entre ignorar la voz interior y el dejarse llevar por fantasías infundadas. La mejor guía es el conocimiento que proviene de la experiencia personal, el cual gradualmente nos conduce a la adquisición de una especie de sentido de tacto interno, que nos permite distinguir lo verdadero de lo falso y que parece aumentar con el sincero deseo por la verdad y el reconocimiento del espíritu como su fuente. Los únicos principios generales que el escritor puede deducir de su propia experiencia son que cuando, a pesar de toda las apariencias apuntando en dirección de una determinada línea de conducta, sigue existiendo un persistente sentimiento de que no debería seguirse, en la mayoría de los casos se encontrará que el argumento de la mente objetiva, aunque sea correcto de acuerdo con los hechos conocidos objetivamente, era insuficiente debido al desconocimiento de hechos que no podían ser reconocidos objetivamente en ese momento, pero que eran conocidos por la facultad intuitiva. Otro principio es que nuestra primera impresión de sentimiento sobre cualquier asunto, generalmente es correcta. Antes de que la mente objetiva comience a argumentar sobre el tema, es como la superficie tranquila de un lago que refleja claramente la luz desde arriba; pero tan pronto como empieza a argumentar desde las apariencias externas, éstas también lanzan sus reflejos sobre su superficie, haciendo que la imagen original se vuelva borrosa y ya no es reconocible. Esta primera concepción se pierde muy rápidamente, por lo que debe de ser cuidadosamente observada y registrada en la memoria con el fin de probar los diversos argumentos que surgirán posteriormente en el plano objetivo.

Sin embargo, es imposible reducir una acción tan interior como la de la intuición a reglas rígidas y precisas, y más allá de observar cuidadosamente los casos particulares a medida que ocurren, probablemente el mejor plan para el estudiante será incluir todo el tema de la intuición en el principio general de la Ley de Atracción, especialmente si observa cómo interactúa esta ley con esa cualidad personal del espíritu universal de la que ya hemos hablado.

[11]

Sanación

El tema de la sanación ha sido abordado detalladamente por muchos escritores y bien merece toda la atención que se le ha dado, pero el objeto de estas conferencias es más bien fundamentar al estudiante en esos principios generales sobre los que se basa todo el uso consciente del poder creativo del pensamiento, más que en establecer reglas formales para sus aplicaciones específicas. Por lo tanto, examinaré los principios generales que parecen ser comunes a los diversos métodos de sanación mental que están en uso, cada uno de los cuales derivan su eficacia, no de la peculiaridad del método, sino por ser un método que permite que las leyes superiores de la Naturaleza entren en juego.

Ahora bien, el principio universalmente establecido por todos los sanadores mentales, cualquiera que sea la forma en que lo expliquen, es que la base de toda sanación es un cambio de creencia. La secuencia por la cual resulta esto es la siguiente: La mente subjetiva es la facultad creativa dentro de nosotros y crea todo lo que la mente objetiva le imprime; la mente objetiva, o intelecto, imprime su pensamiento sobre ella; el pensamiento es la expresión de la creencia; por lo tanto, todo lo que crea la mente subjetiva es la reproducción externa de nuestras creencias. En consecuencia, todo nuestro objetivo es cambiar nuestras creencias, y no podemos hacer esto sin una base sólida de convicción de la falsedad de nuestras antiguas creencias y de la verdad de las nuevas, y esta base la encontramos en esa ley de causalidad que me he esforzado en explicar.

La creencia errónea que se exterioriza como enfermedad es la creencia de que alguna causa secundaria - la cual es simplemente una condición- es la causa primaria. El conocimiento de la ley muestra que solo existe una causa primaria, y éste es el factor que en nuestra propia individualidad llamamos la mente subjetiva o subconsciente. Por esta razón, he insistido en la diferencia

que existe entre colocar una idea en la mente subconsciente, esto es, en el plano de lo absoluto y sin referencia al tiempo y el espacio, y colocar la misma idea en la mente consciente intelectual, la cual solo percibe las cosas como relacionadas con tiempo y espacio. Ahora bien, la única concepción que puedes tener de ti mismo en lo absoluto o incondicionado es como Espíritu viviente puro, no obstaculizado por condiciones de ningún tipo y, por lo tanto, no sujeto a la enfermedad; y cuando esta idea está firmemente impresa en la mente subconsciente, la exteriorizará.

La razón por la cual este proceso no siempre es exitoso en el primer intento, es porque durante toda nuestra vida hemos mantenido la falsa creencia en la enfermedad como una entidad sustancial en sí misma, en consecuencia, una causa primaria, en lugar de ser simplemente una condición negativa resultante de la ausencia de una causa primaria; y una creencia que se ha arraigado desde la infancia no puede ser erradicada de un momento a otro. Por eso, a menudo encontramos que durante algún tiempo hay una mejora en la salud del paciente después de un tratamiento, pero luego los antiguos síntomas regresan. Esto se debe a que la nueva creencia en su propia facultad creativa aún no ha tendido tiempo de penetrar en lo más profundo de la mente subconsciente, sino que solo ha entrado parcialmente. Cada tratamiento posterior fortalece a la mente subconsciente en la retención de la nueva creencia, hasta que finalmente se efectúa una cura permanente. Éste es el método de autotratamiento basado en el propio entendimiento del paciente sobre la ley de su ser.

Pero “no todos tienen este conocimiento” o, al menos, no un reconocimiento tan completo que les permita darse a sí mismos un tratamiento exitoso, y en estos casos se hace necesaria la intervención del sanador. La única diferencia entre el sanador y el paciente, es que el sanador ha aprendido a controlar los modos menos autoconscientes del espíritu por el modo más autoconsciente, mientras que el paciente no ha alcanzado aún este conocimiento; y lo que el sanador hace es sustituir su propia mentalidad objetiva o consciente, que es la voluntad unida al intelecto, por la del paciente, y así encontrar entrada a su mente subconsciente e imprimir sobre ella la sugestión de salud perfecta.

Surge entonces la pregunta, ¿cómo puede el sanador sustituir su propia mente consciente por la del paciente? Y la respuesta muestra la aplicación práctica de aquellos principios abstractos que he establecido en las secciones anteriores. Nuestra concepción común de nosotros mismos es la de una

personalidad individual que termina donde comienza otra personalidad, en otras palabras, que las dos personalidades están completamente separadas. Esto es un error. No existe tal línea de demarcación entre las personalidades, y los límites entre una y otra pueden ser incrementados o reducidos en rigidez de acuerdo a la voluntad, de hecho, pueden ser temporalmente removidos tan completamente que por el momento las dos personalidades se fusionen en una sola. Ahora, la acción que tiene lugar entre el sanador y el paciente depende de este principio. El sanador le pide al paciente que adopte una actitud mental receptiva, lo que significa que él va a ejercitar su voluntad con el propósito de eliminar la barrera de su propia personalidad objetiva y así permitir la entrada al poder mental del sanador. Por su parte, el sanador hace lo mismo con la diferencia que, mientras el paciente remueve la barrera de su lado con la intensión de admitir un flujo, el sanador lo hace con la intensión de permitir la salida de ese flujo. Así, gracias a la acción conjunta de las dos mentes, son removidas las barreras de las dos personalidades y se determina la dirección del flujo de la voluntad, es decir, fluye del sanador como activamente dispuesto a dar, hacia el paciente como pasivamente dispuesto a recibir, de acuerdo con la ley universal de la Naturaleza de que el flujo debe ser siempre del pleno al vacío.

Esta eliminación mutua de las barreras mentales externas entre el sanador y el paciente, es lo que se denomina establecer rapport entre ellos, y aquí encontramos una aplicación práctica muy valiosa del principio establecido anteriormente en este libro, que el espíritu puro está presente en su totalidad en cada punto simultáneamente. Es por esta razón que, tan pronto como el sanador reconoce que las barreras de la personalidad externa entre él y el paciente han sido removidas, él puede hablar a la mente subconsciente de su paciente como si fuera la suya propia; porque siendo ambas espíritu puro, el pensamiento de su identidad las hace idénticas y ambas se concentran en una sola entidad, en un solo punto sobre el cual la mente consciente del sanador puede ser ejercida, de acuerdo al principio universal del control de la mente subjetiva por la mente objetiva a través de la sugestión. Es por esta razón que he insistido en la distinción entre espíritu puro, o espíritu concebido aparte de la extensión en cualquier matriz, y la concepción de éste como así extendido. Si concentramos nuestra mente en la condición enferma del paciente, estamos pensando en él como una personalidad separada y no estamos fijando nuestra mente en esa concepción de él como espíritu puro que nos permitirá acceder eficazmente a la fuente de su ser. Por lo tanto, debemos retirar nuestro

pensamiento de la contemplación de los síntomas, de hecho, de toda su personalidad corpórea y debemos pensar en él como una individualidad puramente espiritual, y como tal, completamente libre de cualquier condición y, por consiguiente, como externalizando voluntariamente condiciones más expresivas de la vitalidad e inteligencia que es el espíritu puro. Pensando así del paciente, entonces, hacemos la afirmación mental de que él construirá exteriormente la correspondencia de esa vitalidad perfecta que él sabe que es interiormente; y esta sugestión siendo impresionada por el pensamiento consciente del sanador, mientras que al mismo tiempo, el pensamiento consciente del paciente está impresionando el hecho de que está recibiendo el pensamiento activo del sanador, el resultado es que la mente subconsciente del paciente se imbuye completamente con el reconocimiento de su propio poder vivificante y, de acuerdo a la reconocida ley de la mentalidad subjetiva, procede a desarrollar esta sugestión en la manifestación externa, y así la salud sustituye a la enfermedad.

Debe entenderse que el propósito del proceso aquí descrito es fortalecer la individualidad del sujeto, no de dominarlo. Usarlo para dominar es una inversión, lo que conlleva una penalidad correspondiente para el practicante.

En esta descripción he contemplado el caso donde el paciente está cooperando conscientemente con el sanador, y es con el fin de obtener esta cooperación que el sanador mental generalmente instruye al paciente en los principios generales de la Ciencia Mental, si no está familiarizado con ellos. Pero esto no siempre es aconsejable o posible. A veces, la declaración de principios opuestos a los prejuicios existentes despierta oposición, y cualquier antagonismo activo por parte del paciente tenderá a intensificar la barrera de la personalidad consciente, que es lo primero que el sanador debe eliminar. En estos casos, nada es tan efectivo como el tratamiento ausente.

Si el estudiante ha comprendido todo lo que se ha dicho en el tema del espíritu y la materia, verá que en el tratamiento mental el tiempo y el espacio no cuentan para nada, porque toda la acción toma lugar en un plano en el cual no se encuentran estas condiciones; de modo que es irrelevante que el paciente esté en presencia inmediata del sanador o esté en un país lejano. En estas circunstancias, la experiencia ha demostrado que uno de los modos más efectivos de sanación mental es por el tratamiento durante el sueño, porque entonces todo el sistema del paciente está naturalmente en un estado de relajación que le impide poner oposición consciente al tratamiento. Y por la misma regla, el sanador también es capaz de tratar aún más eficientemente

durante su propio sueño que mientras está despierto. Antes de irse a dormir, él imprime firmemente en su mente subjetiva que transmitirá la sugestión curativa a la mente subjetiva del paciente y luego, por los principios generales de la relación entre la mente subjetiva y objetiva, esta sugestión es conducida durante todas las horas en la que la individualidad consciente se encuentra en reposo. Este método es aplicable a los niños pequeños a quienes no se les puede explicar los principios de la ciencia; y también a personas que se encuentran a distancia. De hecho, la única ventaja que se obtiene con el encuentro personal del paciente y el sanador está en las instrucciones que pueden darse oralmente, o cuando el paciente se encuentra en esa etapa temprana de conocimiento donde la presencia visible del sanador transmite la sugestión de que se está haciendo algo que no se podría hacer en su ausencia; de lo contrario, la presencia o ausencia del paciente es un asunto completamente irrelevante. El estudiante debe recordar siempre que la mente subconsciente no necesita trabajar a través del intelecto o la mente consciente para producir sus efectos curativos. Es parte de la fuerza creativa omnipresente de la naturaleza, mientras que el intelecto no es creativo sino distributivo.

De la sanación mental solo hay un paso hacia la telepatía, la clarividencia y otras manifestaciones afines de poder trascendental que de vez en cuando exhibe la entidad subjetiva y que siguen leyes tan exactas como las que rigen lo que estamos acostumbrados a considerar nuestras facultades más normales; pero estos temas no entran apropiadamente dentro del enfoque de este libro, cuyo propósito es establecer los amplios principios que subyacen a todo fenómeno espiritual. Mientras estos principios no sean claramente entendidos, el estudiante no puede intentar de manera provechosa el estudio detallado de poderes más internos; ya que hacerlo sin una base firme de conocimiento y una cierta experiencia en su aplicación práctica, solo sería exponerse a peligros desconocidos, y sería contrario al principio científico que dice que el avance hacia lo desconocido solo puede hacerse desde el punto de lo conocido, de lo contrario, solo entramos en una confusa región de conjeturas sin ningún principio claramente definido para nuestra guía.

[12]

La Voluntad

La Voluntad tiene una importancia tan fundamental, que el estudiante debe estar en guardia contra cualquier error en cuanto a la posición que ocupa en la economía mental. Muchos escritores y maestros insisten en la fuerza de voluntad como si ésta fuera una facultad creativa. No hay duda que una fuerza de voluntad intensa puede desarrollar ciertos resultados externos, pero como todos los demás métodos de coacción, carece de la permanencia del crecimiento natural. Las apariencias, las formas y las condiciones producidas por la simple intensidad de la fuerza de voluntad solo permanecerán unidas mientras esa fuerza continúe sosteniéndolas; pero si ésta se agota o se remueve, los elementos así forzados a una combinación antinatural, regresarán inmediatamente a sus propias afinidades. La forma creada forzadamente nunca tiene el germen de vitalidad en sí misma, por lo tanto, se disipa tan pronto como se retira la energía externa que le sustenta.

El error está en atribuirle el poder creativo a la voluntad, o quizás debería decir, en atribuirnos el poder creativo a nosotros mismos. La verdad es que el individuo nunca crea nada. Su función no es crear, sino combinar y distribuir aquello que ya existe, y los que llamamos nuestras creaciones, son nuevas combinaciones de material ya existente, ya sea mental o corpóreo. Esto está ampliamente demostrado en las ciencias físicas. Nadie habla de crear energía, sino solo de transformar una forma de energía en otra; y si reconocemos esto como un principio universal, veremos que tanto en el plano mental como en el físico nunca creamos energía, sino que solo proporcionamos las condiciones mediante las cuales la energía que ya existe en un modo pueda exhibirse en otro. Por lo tanto, en relación con el individuo, aquello que llamamos su poder creativo, es esa actitud receptiva de expectativa que, por así decirlo, forma un molde en el cual la sustancia plástica y aún indiferenciada puede fluir y tomar la forma deseada.

En nuestra maquinaria mental, la voluntad tiene el mismo lugar que el portaherramientas tiene en un torno; no es el poder, pero mantiene las facultades mentales en esa posición relativa al poder que le permite llevar a cabo el trabajo deseado. Utilizando la palabra en su sentido más amplio, si podemos decir que la imaginación es la función creativa, entonces podemos llamar a la voluntad el principio centralizador. Su función es la de mantener la imaginación centrada en la dirección correcta. Nuestro objetivo es controlar conscientemente nuestros poderes mentales, en lugar de dejar que nos lleven de un lado a otros sin propósito alguno y, por lo tanto, debemos comprender la relación de estos poderes entre sí, para la producción de resultados externos. En primer lugar, toda la cadena de causalidad se inicia por alguna emoción que da lugar a un deseo; a continuación, el juicio determina si debemos externalizar este deseo o no; luego, si el deseo ha sido aprobado por el juicio, aparece la voluntad y dirige la imaginación para formar el prototipo espiritual necesario; de esta manera, la imaginación centrada en un objeto particular, crea el núcleo espiritual, que a su vez actúa como un centro alrededor del cual las fuerzas de atracción comienzan a trabajar y continúan operando hasta que, por la ley del crecimiento, el resultado concreto se hace perceptible a nuestros sentidos externos.

El trabajo de la voluntad consiste en mantener las diversas facultades de nuestra mente en aquella posición donde realmente están haciendo el trabajo que deseamos, y esta posición puede generalizarse en las tres actitudes siguientes: deseamos actuar sobre algo; o que éste algo actúe sobre nosotros; o mantener una posición neutral; en otras palabras, tenemos la intención de proyectar una fuerza; recibir una fuerza; o mantener una posición de inactividad en relación con algún objeto en particular. Ahora bien, el juicio determina cuál de estas tres posiciones tomaremos, la conscientemente activa, la conscientemente receptiva, o conscientemente neutral; y entonces la función de la voluntad es simplemente mantener la posición que hemos determinado; y si mantenemos una actitud mental determinada, podemos esperar con certeza que la ley de atracción atraerá a nosotros aquellas correspondencias que exteriormente simbolizan la actitud en cuestión. Esto es muy diferente del enredo semi-animal de fuerzas nerviosas que en algunas personas representa la fuerza de voluntad. Esto no implica ninguna tensión por parte del sistema nervioso y, por consiguiente, no va acompañado por ninguna sensación de agotamiento. La fuerza de voluntad, cuando es transferida de la región de la mentalidad inferior al plano espiritual, se

convierte simplemente en una determinación calmada y pacífica de mantener una cierta actitud mental a pesar de todas las tentaciones de lo contrario, sabiendo que al hacerlo el resultado deseado ciertamente aparecerá.

El entrenamiento de la voluntad y su transferencia del plano inferior hacia el plano más elevado de nuestra naturaleza, es uno de los primeros objetivos de la Ciencia Mental. La persona se resume en su voluntad. Todo lo que haga por su propia voluntad es su propio acto; todo lo que haga sin el consentimiento de su voluntad no es su propio acto, sino por el poder por el cual su voluntad fue coaccionada; pero debemos reconocer que, en el plano mental, ninguna otra individualidad puede obtener el control sobre nuestra voluntad a menos que primero le permitamos hacerlo. Es por esta razón que todo uso legítimo de la Ciencia Mental se enfoca en el fortalecimiento de la voluntad, ya sea en nosotros mismos o en los demás, y ponerla bajo el control de una razón iluminada. Cuando la voluntad reconoce su poder para tratar con la primera causa, ya no es necesario que el operador declare en extenso toda la filosofía de su acción cada vez que desee usarla. Sabiendo que la voluntad entrenada es una tremenda fuerza espiritual que actúa en el plano de la primera causa, él simplemente expresa su deseo con la intención de operar en ese plano, y sabe que el deseo así expresado se exteriorizará a su debido tiempo como un hecho concreto. Ahora ve que el punto que realmente exige su atención, no es si él posee o no el poder de exteriorizar los resultados que escoge, sino de aprender a escoger sabiamente qué resultados quiere producir. Nunca supongamos que aun los poderes más elevados pueden excluirnos de la ley de causa y efecto. Nunca podemos poner en movimiento ninguna causa sin producir los efectos que ya contiene en embrión y los cuales, a su vez, se convertirán en otras causas, produciendo así una serie que debe seguir fluyendo hasta que se interrumpa al poner en funcionamiento una causa de un carácter opuesto a la que la originó. De este modo, encontraremos el campo para el ejercicio de nuestra inteligencia expandiéndose continuamente con la expansión de nuestros poderes. Si nuestra intención es buena, siempre desearemos contemplar los resultados de nuestra acción hasta donde nuestra inteligencia lo permita. Tal vez no seamos capaces de ver muy lejos, pero existe un principio general seguro que se desprende de lo que ya se ha dicho acerca de las causas y condiciones, y es que toda la secuencia tiene siempre el mismo carácter que la causa inicial; si ese carácter es negativo, es decir, desprovisto de cualquier deseo de exteriorizar bondad, alegría, fuerza, belleza o cualquier otro tipo de bien, esta

cualidad negativa se sentirá en toda la línea; pero si en el motivo original está el carácter afirmativo opuesto, entonces, reproducirá su tipo en formas de amor, alegría, fuerza y belleza con una infalible precisión. Por lo tanto, antes de empezar a producir nuevas condiciones mediante el ejercicio de nuestro poder del pensamiento, debemos sopesar cuidadosamente los resultados adicionales a los que nos pueden conducir; y aquí, nuevamente, encontraremos un amplio campo para el entrenamiento de la voluntad, aprendiendo a adquirir ese autocontrol que nos permitirá posponer una presente satisfacción inferior, por un bien mayor futuro.

Estas consideraciones nos conducen naturalmente al tema de la concentración. Acabo de señalar que toda acción mental debidamente controlada consiste en mantener la mente en una de las tres actitudes; pero hay una cuarta condición mental, que es la de dejar que nuestras funciones mentales funcionen sin que nuestra voluntad las dirija hacia algún propósito definido. Debemos fijar toda nuestra atención en esta palabra propósito, y en lugar de disipar nuestras energías, debemos seguir un método inteligente de concentración.

La palabra concentración significa estar reunido en un centro, y el centro de cualquier cosa es el punto en el cual todas sus fuerzas están igualmente equilibradas. Por lo tanto, concentrarse significa primero llevar nuestra mente hacia una condición de equilibrio que nos permita dirigir conscientemente el flujo del espíritu hacia un propósito definitivamente reconocido, luego vigilar cuidadosamente y evitar que nuestros pensamientos induzcan un flujo en la dirección opuesta. Debemos tener siempre en cuenta que estamos tratando con una maravillosa energía potencial la cual aún no ha sido diferenciada en ningún modo particular, y que por la acción de nuestra mente podemos diferenciarla en cualquier modo especifico de actividad que queramos; y manteniendo nuestro pensamiento fijo en el hecho de que el influjo de esta energía está tomando lugar y que a través de nuestra actitud mental nosotros estamos determinando su dirección, gradualmente realizaremos una externalización correspondiente. Entonces, la concentración adecuada no consiste en un esfuerzo extenuante, el cual agota el sistema nervioso y derrota su propio objetivo al sugerir la conciencia de una fuerza adversa contra la que hay que luchar, creando así las circunstancias adversas temidas; sino en apartar todos los pensamientos que puedan dispersar el núcleo espiritual que estamos formando y permanecer alegremente en el conocimiento de que, debido a que la ley es certera en su acción, nuestro deseo está seguro de

obtenerse.

El otro gran principio a recordar es que la concentración tiene el propósito de determinar la cualidad que vamos a dar a la energía previamente indiferenciada, en lugar de disponer las circunstancias específicas de su manifestación. Ese es el trabajo de la energía creativa, la cual construirá sus propias formas de expresión de manera bastante natural si se lo permitimos, esto nos evitará una gran cantidad de ansiedad innecesaria. Lo que realmente queremos es expansión en una cierta dirección, ya sea de salud, riqueza, o lo que sea; y mientras lo obtengamos, qué importa si nos llega a través de un canal con el cual contábamos o a través de algún otro cuya existencia no habíamos sospechado. El hecho que debemos fijar en nuestras mentes es que estamos concentrando energía de un tipo particular para un propósito particular; y no considerar ningún detalle específico como esencial para la realización de nuestro objetivo.

Estas son las dos reglas de oro con respecto a la concentración; pero no debemos suponer que debido a que tenemos que estar en guardia contra divagaciones ociosas no existe tal cosa como el reposo; al contrario, es durante los períodos de reposo que acumulamos fuerza para la acción; pero el reposo no significa un estado de falta de propósito. Como espíritu puro, la mente subjetiva nunca descansa, solamente la mente objetiva, en su conexión con el cuerpo físico, necesita descanso; y aunque no cabe duda de que hay momentos en los que el mayor descanso posible se obtiene deteniendo por completo la acción de nuestro pensamiento consciente, el método más aconsejable es cambiar la dirección del pensamiento y en lugar de centrarlo sobre algo que intentamos hacer, tranquilamente centrarlo en lo que somos. Por supuesto, esta dirección del pensamiento podría convertirse en la más profunda especulación filosófica, pero no es necesario que siempre estemos proyectando conscientemente nuestras fuerzas para producir algún efecto externo o resolviendo los detalles de algún problema metafísico; sino que simplemente podemos reconocernos como parte de la vida universal y así obtendremos una tranquila centralización, la cual, aunque se mantenga a través de un acto consciente de la voluntad, es la esencia misma del descanso. Desde este punto de vista, vemos que todo es Vida y todo es el Bien, y que la Naturaleza, desde su superficie claramente visible hasta sus más arcanas profundidades, es un vasto almacén de vida y de bien, enteramente dedicado a nuestro uso individual. Tenemos la llave de todos sus tesoros y ahora podemos aplicar nuestro conocimiento de la ley del ser, sin entrar en todos

esos detalles que solo son necesarios para propósitos de estudio, y al hacerlo encontramos como resultado que hemos adquirido la conciencia de nuestra unidad con el todo. Este es el gran secreto, y cuando lo hemos comprendido, podemos disfrutar de nuestra posesión del todo o de cualquier parte del mismo, porque por nuestro reconocimiento lo hemos hecho nuestro y podemos hacerlo cada vez más nuestro. Lo que más nos atrae en un momento o lugar determinado, es ese modo del espíritu de vida universal con el que en ese momento estamos más en contacto; y al darnos cuenta de esto, extraeremos de él corrientes de energía vital que harán que la sensación de vivir sea un gozo e irradiará de nosotros como una esfera de vibración que desviará toda sugestión perjudicial en cualquier plano. Puede que no tengamos habilidades literarias, artísticas o científicas para presentar a los demás como resultado de nuestras comuniones con la Naturaleza, sin embargo, la dicha de esta introspección producirá un flujo correspondiente que se manifestará en el semblante más feliz y en la actitud más amable de aquel que comprende su unidad con cada aspecto del todo. Él reconoce - y este es el gran punto en esa actitud mental que no está dirigida hacia ningún objeto externo especifico – que él es y siempre debe ser el centro de toda esta galaxia de Vida, y así se contempla a sí mismo como sentado en el centro de la infinitud, no una infinitud de espacio vacío, sino palpitante de seres vivos, de los cuales él sabe que la verdadera esencia en todos no puede ser más que el bien. Esto es lo opuesto al egocentrismo egoísta; es el centro donde encontramos que recibimos de todos y fluimos hacia todos.

Aparte de este principio de circulación no hay vida verdadera, y si contemplamos nuestra posición central como algo que nos proporciona mayores ventajas solo para tomar, hemos perdido todo el punto de nuestros estudios, al no ver la verdadera naturaleza del Principio de Vida, que es acción y reacción. Si queremos que la vida entre en nosotros, nosotros mismos debemos entrar en la vida - entrar en el espíritu de ella, tal como debemos entrar en el espíritu de un libro o de un juego, para disfrutarlo. No puede haber acción solamente en el centro. Debe haber un flujo perpetuo hacia la circunferencia, y de ahí regresar hacia el centro para mantener una actividad vital; de lo contrario, se producirá el colapso, ya sea por anemia o por congestión. Pero si comprendemos la naturaleza recíproca de la pulsación vital, y que el flujo de salida consiste en el hábito mental que se entrega al bien que ve en los demás, más que en cualquier acción específica, entonces descubriremos que el cultivo de esta disposición proporcionará innumerables

avenidas para que la vida universal fluya a través de nosotros, ya sea dando o recibiendo, lo que nunca antes habíamos sospechado, y esta acción y reacción edificará nuestra propia vitalidad de tal manera, que cada día nos encontrará aún más vivos que los que le precedieron. Esta es la actitud de reposo en la cual podemos disfrutar de todas las bellezas de la ciencia, la literatura y el arte, o podemos pacíficamente estar en comunión con el espíritu de la naturaleza, sin la ayuda de una tercera mente para actuar como su intérprete, lo cual continúa siendo una actitud de propósito, aunque no esté dirigida a un objeto especifico; no hemos permitido que la voluntad relaje su control, sino que simplemente hemos alterado su dirección. De modo que, tanto para la acción como para el reposo, encontramos que nuestra fuerza radica en nuestro reconocimiento de la unidad del espíritu y de nosotros mismos como concentraciones individuales del mismo.

[13]

En Contacto con la Mente Subconsciente

Las páginas anteriores han hecho que el estudiante sea consciente de la enorme importancia de nuestro trato con la mente subconsciente. Nuestra relación con ella, ya sea en la escala de lo individual o lo universal, es la clave de todo lo que somos o podemos ser. En su funcionamiento no reconocido es la fuente de todo lo que podemos llamar la acción automática de la mente y el cuerpo; y en la escala universal es el silencioso poder de evolución, trabajando gradualmente hacia ese "evento divino, al cual se mueve toda la creación"; y por nuestro reconocimiento consciente de ella la hacemos, en relación con nosotros mismos, todo lo que creemos que es. Cuanto más cercana sea nuestra relación con ella, más estará bajo nuestro control lo que hasta ahora habíamos considerado una acción automática, ya sea en nuestros cuerpos o circunstancias, hasta que por fin controlemos todo nuestro mundo individual.

Dado este asombroso asunto involucrado, es muy importante ahora saber de manera práctica cómo ponernos en contacto con la mente subconsciente. La clave que nos da la dirección correcta se encuentra en la cualidad impersonal de la mente subconsciente, de la cual ya he hablado. No impersonal como carente de los elementos de personalidad; ni siquiera en el caso de la mente subjetiva individual, como carente del sentido de individualidad; sino impersonal en el sentido de no reconocer las relaciones externas particulares que a la mente objetiva le parecen constituir su personalidad, sino teniendo un reconocimiento de sí misma muy independiente de ellas. Entonces, si queremos entrar en contacto con ella, debemos encontrarla en su propio terreno.

La mente subjetiva solo puede ver las cosas desde el punto de vista deductivo, por lo tanto, no puede tomar nota del punto de vista inductivo desde el cual construimos la idea de nuestra personalidad externa. Por

consiguiente, si queremos ponernos en contacto con ella, no podemos hacerlo bajando al nivel de lo externo y no-esencial, sino solo elevándonos a su propio nivel en el plano de lo interno y esencial. ¿Cómo se puede hacer esto? Dejemos que dos conocidos escritores nos den la respuesta:

Rudyard Kipling nos cuenta en su historia de "Kim" cómo el niño solía perder a veces su sentido de personalidad repitiéndose a sí mismo la pregunta: "¿Quién es Kim?" Gradualmente, su personalidad parecía desvanecerse y experimentaba una sensación de pasar a una vida más grande y más amplia, en la que el niño Kim era desconocido, mientras que su individualidad consciente permanecía, solo que exaltada y expandida hasta un punto inconcebible. Asimismo, en la vida de Tennyson, su hijo nos dice que a veces el poeta tenía experiencias similares. Entramos en contacto con lo absoluto exactamente en la proporción en que nos alejamos de lo relativo; ellos varían inversamente entre sí.

Por lo tanto, para entrar en contacto con nuestra mente subconsciente, debemos esforzarnos por pensar en nosotros mismos como ser puro, como esa entidad que apoya interiormente la manifestación exterior, y al hacerlo nos daremos cuenta que la cualidad esencial del ser puro debe ser buena. Es en sí mismo Vida pura, y como tal, no puede desear nada perjudicial para la Vida pura, bajo cualquier forma que se manifieste. Por consiguiente, cuanto más puras sean nuestras intenciones, más fácilmente nos pondremos en conexión con nuestra entidad subjetiva; y con mayor razón, lo mismo se aplica para esa Mente Subconsciente Superior de la cual nuestra mente subjetiva individual es una manifestación particular.

En la práctica, el proceso consiste primero en formar un claro concepto en la mente objetiva de la idea que deseamos transmitir a la mente subconsciente, luego, cuando ha sido firmemente tomada, nos esforzamos por perder de vista todos los demás hechos conectados con la personalidad externa, excepto aquel en cuestión, y mentalmente dirigirnos a la mente subjetiva como si fuera una entidad independiente e impresionar sobre ésta lo queremos que haga o que crea. Cada uno debe formular su propia forma de trabajo, pero un método que es a la vez simple y efectivo es decirle a la mente subjetiva:

Esto es lo que quiero que hagas: ahora tomarás mi lugar y lo harás, trayendo todos tus poderes e inteligencia para producirlo, y considerándote que no eres otro más que yo mismo.

Habiendo hecho esto, regresa al reconocimiento de tu propia personalidad

objetiva y deja que la mente subjetiva lleve a cabo su tarea con total confianza que, por la ley de su naturaleza, lo hará si no es molestada por la repetición de mensajes contrarios de la mente objetiva.

Esto no es una simple fantasía, sino una verdad comprobada diariamente por las experiencias de un número cada vez mayor. Los hechos no se han fabricado para que se ajusten a la teoría, sino que la teoría ha sido construida mediante la cuidadosa observación de los hechos; y dado que se ha demostrado, tanto en la teoría como en la práctica, que tal es la ley de la relación entre la mente subjetiva y la mente objetiva, nos encontramos cara a cara con una importante pregunta: ¿Existe alguna razón por la que las leyes que son válidas para la mente subjetiva individual, no lo sean también para la Mente Universal? La respuesta es que no la hay. Como ya se ha mostrado, la Mente Universal - por su propia universalidad - debe ser puramente subjetiva, y lo que es la ley de una parte debe también ser la ley del todo: las cualidades del fuego son las mismas, ya sea en un centro de combustión grande o pequeño, por lo tanto, bien podemos concluir estas conferencias considerando cuál será el resultado si aplicamos lo que hemos aprendido sobre la mente subjetiva individual a la Mente Universal.

Hemos aprendido que los tres grandes hechos relacionados con la mente subjetiva son:

(1) su poder creativo;
(2) que es susceptible a las sugestiones; y
(3) su incapacidad para trabajar por otro método que no sea el deductivo.

Este último es un punto sumamente importante, porque implica que la acción de la mente subjetiva no está de ninguna manera limitada por los precedentes. El método inductivo trabaja sobre principios inferidos de un patrón ya existente, por lo tanto, en el mejor de los casos, solo produce lo antiguo bajo una nueva forma. Por otra parte, el método deductivo trabaja de acuerdo a la esencia o espíritu del principio y no depende de ninguna manifestación concreta previa para su aprehensión de ello; y éste último método de operación necesariamente debe ser el de la Mente todo-creadora, ya que al no existir un patrón previo del que pueda aprender los principios de construcción, la falta de un patrón le habría impedido que creara algo si su método hubiera sido inductivo en lugar de deductivo. Así, por la necesidad del caso, la Mente Universal debe actuar deductivamente, es decir, de

acuerdo con la ley que se ha encontrado verdadera para la mente subjetiva individual. Por lo tanto, no está limitada por ningún precedente, lo que significa que su poder creativo es absolutamente ilimitado; y puesto que es esencialmente es mente subjetiva y no mente objetiva, es enteramente susceptible de sugestión. Ahora bien, es una deducción inevitable de la identidad de la ley que rige la mente subjetiva - ya sea en lo individual o en lo universal – que, así como nosotros mediante la sugestión podemos imprimir cierto carácter de la personalidad sobre la mente subjetiva individual, también podemos, y lo hacemos, sobre la Mente Universal. Por esta razón es que he llamado la atención sobre la cualidad personal inherente del espíritu puro cuando se contempla en su plano más interno. De modo que la más importante de todas las consideraciones es con qué carácter investimos a la Mente Universal; ya que nuestra relación con ella es puramente subjetiva, infaliblemente nos traerá exactamente ese carácter que imprimamos sobre ella, en otras palabras, será para nosotros exactamente lo que creemos que es. Esto es simplemente una inferencia lógica del hecho de que, como mente subjetiva, nuestra relación primaria con ella solo puede darse en el plano subjetivo e indirectamente nuestras relaciones objetivas deben surgir también de la misma fuente. Este es el significado del notable versículo repetido dos veces en la Biblia “Con el puro eres puro y con el perverso eres rígido” (Salmo 18:26 - 2 Samuel 22:27), el contexto deja claro que estas palabras están dirigidas al Ser Divino. El reino espiritual está dentro de nosotros y cuando lo reconocemos se convierte en una realidad para nosotros. Es la invariable ley de la vida subjetiva que “así como un hombre piensa en su corazón, así es él”, es decir, sus estados subjetivos internos son la única verdadera realidad y aquello que llamamos realidades externas son solamente sus correspondencias objetivas.

Si comprendemos plenamente la verdad de que la Mente Universal debe ser para nosotros exactamente de acuerdo a nuestro concepto de ella y que esta relación no es simplemente imaginaria, sino que por la ley de la mente subjetiva debe ser para nosotros un hecho real y la base de todos los otros hechos, entonces es imposible sobreestimar la importancia de la concepción que adoptamos de la Mente Universal. Para los no instruidos hay poca o ninguna opción: ellos forman una concepción de acuerdo con la tradición que han recibido de los demás y hasta que no aprendan a pensar por sí mismos, deben atenerse a los resultados de tales tradiciones, porque las leyes naturales no admiten excepciones y no importa cuán imperfecta sea la idea tradicional,

su aceptación implicará una reacción correspondiente en la Mente Universal, que a su vez se reflejará en la mente consciente y en la vida externa del individuo. Pero aquellos que entienden la ley del tema no podrán culpar a nadie más que a sí mismos si no obtienen todos los beneficios posibles de ella.

El mayor maestro de la Ciencia Mental que el mundo haya conocido, ha establecido reglas suficientemente claras para nuestra guía. Con un conocimiento del tema, cuya profundidad solo puede ser apreciada por aquellos que tienen algún conocimiento práctico, él invita a su iletrada audiencia - a esa gente común que alegremente lo escuchó - a imaginarse a la Mente universal como un Padre bueno, tiernamente compasivo con todos y enviando las bondades de la Naturaleza sobre todos por igual, buenos y malos. Pero también lo representó como ejerciendo un cuidado especial y peculiar sobre aquellos que reconocen su disposición de hacerlo: “Hasta los cabellos de la cabeza de ustedes están contados” y “Ustedes valen más que muchos pajarillos”. La oración debía hacerse al Ser invisible, no con duda o temor, sino con la absoluta confianza de una respuesta segura, y no debía establecerse ningún límite a su poder o voluntad de trabajar por nosotros. Pero para aquellos que no lo reconocían así, la Gran Mente necesariamente era el adversario que los arrojaba a prisión hasta que hubieran pagado el último centavo. Así, en todos los casos, el Maestro imprimió en sus oyentes la correspondencia exacta de la actitud de este Poder invisible hacia ellos, con su propia actitud hacia él.

Tal enseñanza no fue un antropomorfismo estrecho, sino la adaptación a la capacidad intelectual de una multitud iletrada de las verdades más profundas de lo que ahora llamamos Ciencia Mental. La base de todo es la personalidad críptica del espíritu oculta en todo el infinito de la Naturaleza bajo cada forma de manifestación. Como Vida e Inteligencia pura, no puede ser otra cosa que el Bien, no puede albergar ninguna intención de maldad y, por lo tanto, todo mal intencional debe ponernos en oposición a él, y así privarnos de la conciencia de su guía y fortaleza, dejándonos a tientas buscar nuestro propio camino y luchar nuestra propia batalla sin ayuda contra el universo, una batalla que al final demostrará ser demasiado grande para nosotros. Pero recuerda, la oposición jamás puede ser por parte de la Mente Universal, porque en sí misma es mente subconsciente, y suponer cualquier oposición activa tomada por su propia iniciativa, sería contrario a todo lo que hemos aprendido sobre la naturaleza de la mente subconsciente, ya sea en lo

individual o lo universal; la posición de la Mente Universal hacia nosotros es siempre el reflejo de nuestra propia actitud.

No obstante, aunque la Biblia está llena de amenazas contra aquellos que persisten en la consciente oposición de la Ley Divina del Bien, por otro lado, está llena de promesas de perdón inmediato y completo para todos aquellos que cambien su actitud y deseen cooperar con la Ley del Bien en la medida que la conozcan. Las leyes de la Naturaleza no actúan de forma vengativa, y a través de todos los formulados teológicos y las interpretaciones tradicionales, debemos darnos cuenta de que estamos tratando con la ley suprema de nuestro propio ser; y es sobre la base de esta ley natural que encontramos declaraciones como la de Ezequiel 18:22, que nos dice que, si abandonamos nuestros malos caminos, nuestras transgresiones pasadas jamás serán recordadas. Estamos tratando con los grandes principios de nuestro ser subjetivo, y el mal uso que hicimos de ellos en el pasado jamás puede hacer que cambie su inherente ley de acción. Si nuestro método de uso en el pasado nos ha traído dolor, miedo y problemas, solo debemos recurrir a la ley de que, si revertimos la causa, los efectos también serán revertidos, entonces, lo que tenemos que hacer es simplemente revertir nuestra actitud mental y luego esforzarnos por actuar con la nueva. El esfuerzo sincero por actuar de acuerdo a nuestra nueva actitud mental es esencial, ya que no podemos realmente pensar de una manera y actuar de otra; pero no deben desalentarnos nuestros repetidos fracasos en actuar plenamente como quisiéramos. Lo esencial es la intención sincera, y esto con el tiempo nos liberará de la esclavitud de los hábitos que en la actualidad parecen casi insuperables.

El paso inicial, entonces, consiste en determinar imaginar a la Mente Universal como el ideal de todo lo que podríamos desear que fuera, tanto para nosotros como para los demás, junto con el esfuerzo de reproducir este ideal, aunque sea imperfectamente, en nuestra propia vida; y una vez que se ha dado este paso, podemos considerarla alegremente como nuestra amiga siempre-presente, proporcionando todo el bien, protegiéndonos de todo peligro y guiándonos con todo consejo. Gradualmente, a medida que crece en nosotros el hábito de considerar así a la Mente Universal, encontraremos que, de acuerdo con las leyes que hemos estado considerando, se volverá cada vez más personal para nosotros y en respuesta a nuestro deseo, su inteligencia inherente se hará cada vez más claramente perceptible en nuestro interior como un poder de percibir la verdad mucho más allá de cualquier declaración que podríamos formular por la simple investigación intelectual. Del mismo

modo, si pensamos en ella como un gran poder dedicado a satisfacer todas nuestras necesidades, le imprimiremos también este carácter, y por la ley de la Mente Subjetiva, procederá a representar la parte de esa providencia especial que le hemos atribuido, y si más allá del cuidado general de nuestros asuntos queremos atraer hacia nosotros algún beneficio particular, la misma regla es válida para impresionar nuestro deseo sobre la Mente Subjetiva Universal. Y si nos damos cuenta de que por encima y más allá de todo esto, queremos algo aún más grande y perdurable, la construcción del carácter y el despliegue de nuestros poderes para que podamos expandirnos en medidas más completas hacia una vida plena y feliz, la misma regla sigue siendo válida: transmite a la Mente Universal la sugestión del deseo, y por la ley de relación entre la mente subjetiva y objetiva esto también se cumplirá. Y así, los problemas más profundos de la filosofía nos llevan de regreso al antiguo enunciado de la Ley: “Pide y se te dará, busca y encontrarás, golpea y se te abrirá”. Este es el resumen de la ley natural de la relación entre nosotros y la Mente Divina. Por lo tanto, no es un alarde vano que la Ciencia Mental nos permite hacer de nuestras vidas lo que queramos. Debemos empezar desde donde estamos ahora y estimando correctamente nuestra relación con la Mente Divina Universal podemos crecer gradualmente hacia cualquier condición que deseemos, siempre que primero, en nuestra actitud mental habitual, nos convirtamos en la persona que corresponde a esas condiciones, porque nunca podemos pasar por encima de la ley de correspondencia, y la externalización siempre estará de acuerdo con el principio interno que la origina. Para esta ley no hay límites. Lo que puede hacer por nosotros hoy, lo puede hacer mañana, y a través de toda esa procesión de mañanas que se pierden en las difusas vistas de la eternidad. La creencia en la limitación es la única cosa que causa la limitación, porque así imprimimos limitación sobre el principio creativo; y en la medida en que dejamos de lado esa creencia, nuestros límites se expandirán y una vida en aumento y abundantes bendiciones serán nuestras.

Sin embargo, no debemos ignorar nuestras responsabilidades. El pensamiento entrenado es mucho más poderoso que el no entrenado y, por lo tanto, cuanto más profundamente penetremos en la Ciencia Mental, más cuidadosamente debemos protegernos de todos los pensamientos y palabras que expresen incluso la forma más tenue de malicia. Los chismes, las murmuraciones, las risas burlonas, no están de acuerdo con los principios de la Ciencia Mental. De igual manera, incluso nuestros más pequeños

pensamientos de bondad llevan consigo una semilla de bien que seguramente dará frutos a su debido tiempo. Esto no es una simple santurronería, sino una importante lección de la Ciencia Mental, porque nuestra mente subjetiva toma su color de nuestros hábitos mentales establecidos, y una afirmación o negación ocasional no serán suficientes para cambiarlos, por lo tanto, debemos cultivar el tono que deseemos ver reproducido en nuestras condiciones, ya sean en el cuerpo, la mente o las circunstancias.

En estas conferencias mi propósito ha sido, no tanto dar reglas específicas de práctica, sino establecer los amplios principios generales de la Ciencia Mental, los que permitirán al estudiante formas reglas por sí mismo. En todos los aspectos de la vida, el conocimiento de libros es solamente un medio para un fin. Los libros solamente pueden indicarnos hacia dónde mirar y qué buscar, pero debemos hacer el descubrimiento por nosotros mismos. Si realmente has captado los principios de la ciencia, tú enmarcarás tus propias reglas y te darán mejores resultados que cualquier intento por seguir el método de otra persona, que fue exitoso en sus manos precisamente porque era suyo. Nunca temas ser tú mismo. Si la Ciencia Mental no te enseña a ser tú mismo, entonces no te enseña nada. Tú mismo, más tú mismo, y aún más tú mismo es lo que quieres; solo con el conocimiento de que el verdadero Ser incluye el ser interno y superior, el cual está siempre en contacto inmediato con la Gran Mente Divina. Como dice Walt Whitman:

Tú no estás todo incluido entre tu sombrero y tus botas.

****

La creciente popularidad de las Conferencias de Edimburgo sobre Ciencia Mental me ha llevado a añadir a la presente edición, tres secciones más sobre Cuerpo, Alma y Espíritu, las cuales se espera sean útiles en hacer más claros los principios de la interacción de estos tres factores.

[14]

El Cuerpo

Algunos estudiantes encuentran difícil comprender que la acción mental puede producir algún efecto real en la sustancia material; pero si esto no es posible, entonces no existe tal cosa como la Ciencia Mental, cuyo propósito es producir mejores condiciones, tanto del cuerpo como del entorno, de modo que la manifestación última a la que se aspira es siempre una de demostración en el plano de lo visible y lo concreto. Por lo tanto, tener la convicción de una verdadera conexión entre lo visible y lo invisible, entre lo interior y lo exterior, es uno de los puntos más importantes en el curso de nuestros estudios.

Que tal conexión debe existir es probado por el argumento metafísico en respuesta a la pregunta: "¿Cómo llegó a existir algo?" Y toda la creación, incluidos nosotros mismos, estamos como evidencia de esta gran verdad. Pero para muchas mentes el simple argumento abstracto no es del todo convincente o, de alguna manera, se hace más convincente si está apoyado por algo de una naturaleza más concreta; y para tales lectores les daré algunos indicios sobre la correspondencia entre lo físico y lo mental. El tema abarca un área muy amplia, pero el limitado espacio a mi disposición solo me permitirá tocar algunos puntos significativos; aun así, estos pueden ser suficientes para mostrar que el argumento abstracto tiene algunos hechos correspondientes que lo respaldan.

Una de las pruebas más convincentes que he visto, la brinda el "biómetro", un pequeño instrumento inventado por un eminente científico francés, Dr. Hippolyte Baraduc, el cual muestra la acción de lo que él llamó "la corriente vital". Su teoría es que esta fuerza, cualquiera que pudiera ser su naturaleza, está universalmente presente y opera perpetuamente como una corriente de vitalidad física, fluyendo con más o menos energía a través de cada organismo físico y que puede ser controlada, hasta cierto punto, por el poder

de la voluntad humana. La teoría en toda su minuciosidad es extensivamente elaborada, y ha sido descrita en detalle en los trabajos publicados por el Dr. Baraduc. En una conversación que tuve con él hace un año, me dijo que estaba escribiendo otro libro que daría más luz al tema, pero unos meses después falleció, antes de que fuera presentado al mundo. Sin embargo, el hecho que quiero presentar al lector, es la demostración visible de la conexión entre la mente y la materia, que nos proporciona un experimento con el biómetro.

El instrumento consiste de una campana de vidrio, de cuyo interior se suspende una aguja de cobre por un fino hilo de seda. La campana está sobre una base de madera, debajo de la cual hay un serpentín de cobre que, no obstante, no está conectado a ninguna batería u otro aparato, y tan solo sirve para condensar la corriente. Debajo de la aguja, dentro de la campana, hay una tarjeta circular dividida en grados para marcar el movimiento de la aguja. Dos de estos instrumentos se ponen uno junto del otro, pero de ninguna manera conectados, y el experimentador extiende los dedos de ambas manos a más o menos una pulgada de distancia de la campana. Según la teoría, la corriente entra por la mano izquierda, circula a través del cuerpo y sale por la mano derecha; es decir, hay una atracción por la mano izquierda y una proyección por la derecha, concordando así con los experimentos de Reichenbach sobre la polaridad del cuerpo humano.

Debo confesar que, aunque había leído el libro del Dr. Baraduc, “Les Vibrations Humaines”, me acerqué al instrumento con una actitud mental muy escéptica; pero pronto me convencí de mi error. Al principio, manteniendo una actitud mental de total relajación, encontré que la aguja de la mano izquierda fue atraída veinte grados, mientras que la aguja de la mano derecha, la que era afectada por la corriente de salida, fue repelida diez grados. Después de permitir que el instrumento regresara a su equilibrio normal, me acerqué de nuevo con el propósito de ver si el cambio de actitud mental modificaría en algo el flujo de la corriente. Esta vez asumí la actitud mental más fuerte que pude con la intención de enviar un flujo a través de la mano derecha, y el resultado en comparación con el anterior fue notable. La aguja de la mano izquierda ahora fue atraída solo diez grados, mientras que la de la mano derecha fue desviada algo más de treinta grados, indicando claramente la influencia de las facultades mentales en la modificación de la acción de la corriente. Puedo mencionar que el experimento se realizó en presencia de dos médicos que tomaron nota de los movimientos de las agujas.

No me detendré aquí para discutir el tema de cuál puede ser en sí la constitución de esta energía vital - es suficiente para nuestro propósito actual saber que está ahí - y el experimento que he descrito nos pone cara a cara con el hecho de una correspondencia entre nuestra propia actitud mental y las fuerzas invisibles de la naturaleza. Incluso si decimos que esta corriente es alguna forma de electricidad y que la variación de su acción está determinada por cambios en la polarización de los átomos del cuerpo, entonces este cambio de polarización es el resultado de la acción mental; por lo que el adelantar o retrasar la corriente cósmica es igualmente el resultado de la actitud mental, ya sea que supongamos que nuestra fuerza mental actúa directamente sobre la corriente en sí, o indirectamente al inducir cambios en la estructura molecular del cuerpo. Cualquiera que sea la hipótesis que adoptemos la conclusión es la misma, es decir, que la mente tiene el poder para abrir o cerrar la puerta a las fuerzas invisibles de tal manera que el resultado de la acción mental se hace aparente en el plano material.

Ahora bien, la investigación muestra que el cuerpo físico es un mecanismo especialmente adaptado para la transmutación del poder interno o mental en modos de actividad externa. Sabemos por la ciencia médica que todo el cuerpo es atravesado por una red de nervios que sirven como canales de comunicación entre el ego espiritual residente, que llamamos mente, y las funciones del organismo externo. Este sistema nervioso es dual. Un sistema, conocido como el Simpático, es el canal para todas aquellas actividades que no son dirigidas conscientemente por nuestra volición, tales como la operación de nuestros órganos digestivos, la reparación del desgaste diario de los tejidos, y similares. El otro sistema, conocido como el sistema Voluntario o sistema Cerebro-Espinal, es el canal a través del cual recibimos la percepción consciente de los sentidos físicos y ejerce control sobre nuestros movimientos del cuerpo. Este sistema tiene su centro en el cerebro, mientras que el otro tiene su centro en la masa ganglionar en la parte posterior del estómago, conocido como el plexo solar y del cual algunas veces se habla como el cerebro abdominal. El sistema cerebro-espinal es el canal de nuestra acción mental volitiva o consciente, y el sistema simpático es el canal de esa acción mental que apoya inconscientemente las funciones vitales del cuerpo. Así, el sistema cerebro-espinal es el órgano de la mente consciente y el sistema simpático de la mente subconsciente.

Pero la interacción de la mente consciente y subconsciente requiere de una interacción similar entre los sistemas nerviosos correspondientes, y una

notable conexión por la que se proporciona esto es el “nervio vago”. Este nervio sale de la región cerebral como una porción del sistema voluntario y a través de él controlamos los órganos vocales; luego pasa hacía el tórax enviando ramificaciones hacía el corazón y los pulmones; y finalmente pasando por el diafragma, pierde su capa exterior que distingue a los nervios del sistema voluntario y se identifica con los del sistema simpático, formando así un enlace que conecta a los dos y haciendo del ser humano físicamente una sola entidad.

En forma similar, diferentes áreas del cerebro indican su conexión con las actividades objetivas y subjetivas de la mente, respectivamente, y hablando de manera general, podríamos asignar la parte frontal del cerebro a la primera y la parte posterior a la última, mientras que la porción intermedia participa del carácter de ambas. La facultad intuitiva tiene su correspondencia en esta parte superior del cerebro situada entre las porciones frontal y posterior, y fisiológicamente hablando, es aquí donde las ideas intuitivas hacen su entrada. Al principio están o menos sin forma y tienen un carácter generalizado, sin embargo, son percibidas por la mente consciente, de lo contrario no estaríamos conscientes de ellas en absoluto. Entonces, el esfuerzo de la naturaleza consiste en dar a estas ideas una forma más definida y utilizable, por lo que la mente consciente las toma e induce una corriente vibratoria correspondiente en el sistema nervioso voluntario, y esto a su vez induce una corriente similar en el sistema involuntario, entregándole así la idea a la mente subjetiva. La corriente vibratoria que primero descendió desde el ápice del cerebro al cerebro frontal y, por tanto, a través del sistema voluntario hasta el plexo solar, ahora se invierte y asciende del plexo solar a través del sistema simpático al cerebro posterior, y esta corriente de retorno indica la acción de la mente subjetiva.

Si removiéramos la porción superficial del ápice del cerebro encontraríamos inmediatamente debajo el cinturón brillante de sustancia cerebral llamada el “cuerpo calloso”. Este es el punto de unión entre lo subjetivo y lo objetivo, y como la corriente regresa desde el plexo solar hasta este punto, se restaura a la porción objetiva del cerebro en una nueva forma que ha adquirido por la alquimia silenciosa de la mente subjetiva. Así, la concepción que primero fue vagamente reconocida se devuelve a la mente objetiva en una forma definida y utilizable, y luego la mente objetiva, actuando a través del cerebro frontal - el área de comparación y análisis - procede a trabajar sobre una idea claramente percibida y a extraer las

potencialidades que están latentes en ella.

Por supuesto, hay que tener en cuenta que aquí estoy hablando del ego mental en ese modo de su existencia con el cual estamos más familiarizados, es decir, vestido de carne, aunque hay mucho que decir de otras modalidades de su actividad. Pero para nuestra vida diaria tenemos que considerarnos como somos en ese aspecto de vida y, desde este punto de vista, la correspondencia fisiológica del cuerpo a la acción de la mente es un elemento importante, por lo tanto, aunque siempre debemos recordar que el origen de las ideas es puramente mental, no debemos olvidar que en el plano físico cada acción mental implica una acción molecular correspondiente en el cerebro y en el sistema nervioso dual.

Si, como dice el antiguo poeta Isabelino, “El alma es la forma y hace al cuerpo”, entonces, es evidente que el organismo físico debe ser una disposición mecánica especialmente adaptada para el uso de los poderes del alma, así como la máquina de vapor lo está para el poder del vapor; y el reconocimiento de esta reciprocidad entre los dos es la base de toda sanación mental o espiritual y, por tanto, el estudio de esta adaptación mecánica es una importante rama de la Ciencia Mental. Solo que no debemos olvidar que esto es el efecto y no la causa.

Al mismo tiempo, es importante recordar que es posible revertir la relación entre causa y efecto, así como el mismo aparato se puede hacer que genere fuerza mecánica mediante la aplicación de electricidad, o que genere electricidad mediante la aplicación de fuerza mecánica. Y la importancia de este principio consiste en esto. Siempre hay una tendencia a que las acciones que al principio eran voluntarias se vuelvan automáticas, es decir, que pasen de la región de la mente consciente a la de la mente subconsciente y adquieran un lugar permanente allí. El profesor Elmer Gates, de Washington, ha demostrado esto fisiológicamente en sus estudios de la formación del cerebro. Nos dice que cada pensamiento produce un ligero cambio molecular en la sustancia del cerebro, y la repetición del mismo tipo de pensamiento provoca una repetición de la misma acción molecular hasta que finalmente se forma un verdadero canal en la sustancia del cerebro, que solo puede ser erradicado con un proceso de pensamiento inverso. De esta manera, los “surcos del pensamiento” son cosas muy literales, y una vez establecidos, las vibraciones de las corrientes cósmicas fluyen automáticamente a través de ellos y reaccionan así en la mente por medio de un proceso inverso al que afecta a nuestra voluntad e intención de atraer de lo invisible. De esta manera

se forman lo que llamamos “hábitos” y de ahí la importancia de controlar nuestros pensamientos y cuidarnos de ideas indeseables.

Por otro lado, este proceso reaccionario puede utilizarse para confirmar modos de pensamiento buenos y vivificantes, de manera que, por medio del conocimiento de sus leyes, podamos alistar al propio cuerpo físico en la construcción de esa personalidad perfectamente íntegra, cuya obtención es el objetivo de nuestros estudios.

[15]

El Alma

Habiendo obtenido un vislumbre de la adaptación del organismo físico a la acción de la mente, ahora debemos advertir que la mente misma es un organismo que, de la misma manera, es adaptado a la acción de un poder aún mayor, solo que aquí la adaptación es de facultad mental.

Al igual que con otras fuerzas invisibles, todo lo que podemos saber de la mente es observando lo que hace, pero con esta diferencia, ya que nosotros mismos somos esa mente, nuestra observación es una observación interior de los estados de conciencia. De esta manera, reconocemos ciertas facultades de nuestra mente cuyo orden de funcionamiento he considerado en una página anterior; pero el punto sobre el que quiero llamar la atención es que estas facultades trabajan siempre bajo la influencia de algo que las estimula, y este estímulo puede venir tanto del exterior a través de los sentidos externos, como del interior por la conciencia de algo no perceptible en el plano físico. Ahora, el reconocimiento de estas fuentes interiores de estímulo para nuestras facultades mentales es una rama importante de la Ciencia Mental, porque la acción mental así establecida funciona con la misma exactitud a través de las correspondencias físicas, como aquellas que se inician del reconocimiento de hechos externos, por lo tanto, el control y la correcta dirección de estas percepciones internas es algo muy importante.

Las facultades más inmediatamente implicadas son la intuición y la imaginación, aunque al principio es difícil ver cómo la intuición – la cual es totalmente espontánea - puede ponerse bajo el control de la voluntad. Por supuesto, la espontaneidad de la intuición no puede ser interferida de ninguna manera, porque si dejara de actuar espontáneamente dejaría de ser la intuición. Su provincia, por así decirlo, es capturar ideas del infinito y presentarlas a la mente para ser manejadas a su discreción. En nuestra constitución mental, la intuición es el punto de origen, por lo tanto, que deje

de actuar espontáneamente sería dejar de actuar totalmente. Pero la experiencia de una larga sucesión de observadores muestra que la intuición puede ser entrenada para adquirir una mayor sensibilidad hacía una dirección en particular, y la elección de la dirección general está determinada por la voluntad del individuo.

Se verá que la intuición trabaja más fácilmente en aquellos temas que más habitualmente ocupan nuestro pensamiento; y de acuerdo a las correspondencias fisiológicas que hemos estado considerando, esto podría explicarse en el plano físico por la formación de canales cerebrales especialmente adaptados para la inducción de vibraciones en el sistema molecular correspondientes a la clase particular de ideas en cuestión. Por supuesto, debemos recordar que las ideas en sí mismas no son causadas por los cambios moleculares, sino por el contrario, son la causa de ellos; y es en esta traducción de la acción de pensamiento a la acción física donde nos encontramos cara a cara con el eterno misterio del descenso del espíritu en la materia; y que aunque podemos rastrear la materia a través de sucesivos grados de refinamiento hasta que se convierte en lo que, en comparación con esos modos más densos que nos son más familiares, podríamos llamar una sustancia espiritual, no obstante, al final de ello no es el principio del pensamiento inteligente en sí mismo. El criterio está en la palabra “vibraciones”. Por muy delicada que sea la sustancia etérica, su movimiento comienza por la vibración de sus partículas, y una vibración es una onda que tiene cierta longitud, amplitud y periodicidad, es decir, algo que solo puede existir en términos de tiempo y espacio; y en el momento en que tratamos con algo capaz de la concepción de medida, podemos estar seguros que no estamos tratando con el Espíritu, sino solo con uno de sus vehículos. Por lo tanto, aunque podemos llevar nuestro análisis de la materia más y más atrás - y en esta línea se puede ganar mucho conocimiento - encontraremos que el punto en el cual el poder espiritual o fuerza del pensamiento se traduce en vibración etérica o atómica, siempre nos eludirá. De modo que no debemos atribuir el origen de las ideas al desplazamiento molecular en el cerebro, aunque, por la reacción de lo físico sobre lo mental, de la que he hablado anteriormente, la formación de canales de pensamiento en la materia gris del cerebro puede tender a facilitar la recepción de ciertas ideas.

Algunas personas son realmente conscientes de la acción de la porción superior del cerebro durante el influjo de una intuición, la sensación es la de una especie de expansión en esa área del cerebro, que podría comparase con

la apertura de una válvula o una puerta; pero debe descartarse todo intento de inducir el influjo de ideas intuitivas por el expediente fisiológico de tratar de abrir esta válvula ejerciendo la voluntad, ya que es probable que resulte perjudicial para el cerebro. Creo que algunos sistemas orientales abogan por este método, pero bien podemos confiar en que la mente regulará la acción de sus canales físicos de manera adecuada a sus propios requerimientos, en lugar de tratar de manipular la mente forzando en forma antinatural su instrumento mecánico. En todos nuestros estudios sobre estas líneas debemos recordar que el desarrollo es siempre por crecimiento perfectamente natural y no se logra presionando indebidamente ninguna parte del sistema.

Sin embargo, el hecho persiste en que la intuición trabaja más libremente en la dirección en que más habitualmente concentramos nuestro pensamiento; y en la práctica se encontrará que la mejor forma de cultivar la intuición en cualquier dirección, es meditar sobre los principios abstractos de esa determinada clase de tema, en lugar de solo considerar casos particulares. Tal vez la razón sea que los casos particulares tienen que ver con fenómenos específicos, es decir, con la ley trabajando bajo ciertas condiciones limitadas, mientras que los principios de la ley no están limitados por condiciones locales, y así, la meditación habitual sobre ellos libera nuestra intuición a un rango infinito donde la concepción de condiciones antecedentes no la limitan. De todas maneras, cualquiera que sea la explicación teórica, encontrarás que la clara comprensión de los principios abstractos en cualquier dirección, tiene un efecto acelerador sobre la intuición en esa dirección en particular.

No se puede exagerar la importancia de reconocer así nuestro poder para dirigir la intuición, porque si la mente está en sintonía con las fases más elevadas del espíritu, este poder abre la puerta a posibilidades ilimitadas de conocimiento. En su funcionamiento más elevado la intuición se convierte en inspiración, y algunos grandes registros de verdades fundamentales y misterios supremos que han llegado a nosotros a través de miles de generaciones, legados por grandes pensadores de la antigüedad, solo pueden explicarse por el supuesto de que su vehemente pensamiento sobre el Espíritu Originario, junto con una reverente adoración del mismo, abrieron la puerta, a través de su facultad intuitiva, a las más sublimes inspiraciones con respecto a las verdades supremas del universo, relacionadas tanto a la evolución del cosmos como a la evolución del individuo. Entre tales registros explicativos de los misterios supremos tres sobresalen en forma preeminente, todos dando testimonio de la misma Verdad Única, y cada uno dando luz sobre el otro; y

estos tres son: la Biblia, la Gran Pirámide y La Baraja - una combinación curiosa pensarán algunos, pero espero en otro volumen de estas series poder justificar mi presente postulado. Hago alusión aquí a estos registros porque la unidad de principios que exhiben, a pesar de su amplia divergencia de método, proporciona una prueba de que la dirección tomada por la intuición está ampliamente determinada por la voluntad del individuo que abre la mente en esa dirección en particular.

Muy relacionada con la intuición está la facultad de la imaginación. Esto no se refiere a las simples fantasías que hacemos a un lado sin mayores consideraciones, sino a nuestro poder de formar imágenes mentales en las que nos detenemos. Como ya he dicho anteriormente en este libro, éstas forman un núcleo que, en su propio plano, pone en acción la Ley Universal de Atracción, dando así origen al principio de Crecimiento. La relación de la intuición con la imaginación es que, la intuición capta una idea de la Gran Mente Universal, en la que todas las cosas subsisten como potenciales, y la presenta a la imaginación en su esencia más que en una forma definida, entonces, nuestra facultad de construir imágenes le da una forma clara y definida, la cual presenta ante la visión mental, y que luego nosotros vivificamos dejando que nuestro pensamiento se detenga en ella, infundiéndole así nuestra propia personalidad y proporcionando ese elemento personal a través del cual tiene lugar la acción específica de la ley universal en relación con el individuo particular. El hecho de que nuestro pensamiento se detenga en una determinada imagen mental depende de nuestra propia voluntad, y el ejercicio de nuestra voluntad depende de la creencia en nuestro poder de utilizarla para dispersar o consolidar una imagen mental dada; y finalmente, nuestra creencia en nuestro poder para hacer esto depende de nuestro reconocimiento de nuestra relación con Dios, que es la fuente de todo poder; porque es una verdad invariable que nuestra vida tomará toda la forma, el tono y el color de nuestra concepción de Dios, ya sea esta concepción positiva o negativa, y la secuencia por la cual lo hace es la que ahora se entrega.

De esta manera, nuestra intuición está relacionada con nuestra imaginación, y esta relación tiene su correspondiente fisiológico en el círculo de las vibraciones moleculares que he descrito anteriormente, las cuales, teniendo su comienzo en la porción superior o “ideal” del cerebro, fluye a través del sistema nervioso voluntario, el canal físico de la mente objetiva, regresando a través del sistema simpático, el canal físico de la mente

subjetiva, completando así el circuito y siendo entonces restaurado al cerebro frontal, donde es conscientemente moldeado en formas bien definidas y adecuadas para un propósito específico.

En todo esto, nunca debe perderse de vista el poder de la voluntad como reguladora de la acción, tanto de la intuición como de la imaginación, ya que sin este poder central de control perderíamos todo sentido de individualidad; y por eso el objetivo final del proceso evolutivo es hacer evolucionar las voluntades individuales impulsadas por una beneficencia y una iluminación tales que las conviertan en vehículos adecuados para el flujo del Espíritu Supremo, que hasta este momento ha creado cósmicamente y que ahora puede llevar el proceso creativo a sus etapas más elevadas solo mediante la unión consciente con el individuo; porque ésta es la única solución posible del gran problema: ¿cómo puede la Mente Universal actuar en toda su plenitud en el plano de lo individual y lo particular?

Esto es lo máximo de la evolución, y el éxito de la evolución del individuo depende de su reconocimiento de este máximo y trabaje hacia él; por lo tanto, esto debe ser el gran fin de nuestros estudios. Hay una correspondencia entre la constitución del cuerpo y las facultades del alma, y hay una correspondencia similar en las facultades del alma y el poder del Espíritu Todo-Originario; y como en todas las otras adaptaciones de los vehículos específicos, así también aquí, nunca podemos comprender correctamente la naturaleza del vehículo y utilizarlo correctamente hasta que comprendamos la naturaleza del poder para el cual está especialmente adaptado. Entonces, en conclusión, consideremos brevemente la naturaleza de ese poder.

[16]

El Espíritu

¿Qué debe de ser en sí mismo el Espíritu Supremo Todo-originario? Esa es la pregunta que tenemos ante nosotros. Comencemos con un hecho sobre el cual no podemos tener ninguna duda - es creativo. Si no fuera creativo, nada habría llegado a la existencia; por lo tanto, sabemos que su propósito o Ley de Tendencia, debe ser traer vidas individuales a la existencia y rodearlas de un entorno adecuado. Ahora bien, un poder que tiene esto como su naturaleza inherente debe ser un poder bondadoso. El Espíritu de Vida, buscando expresarse en las vidas individuales, no puede tener ninguna otra intención hacia ellas más “que tengan vida y que la tengan en abundancia”. Suponer lo contrario sería una contradicción de términos. Sería suponer que el Principio Eterno de Vida actúa en contra de sí mismo, expresándose como lo contrario de lo que es, en cuyo caso no estaría expresándose a sí mismo sino a su opuesto. De modo que es imposible concebir al Espíritu de Vida actuando de otra manera que no sea para aumentar la vida.

Hasta ahora, esto es solo imperfectamente aparente debido a nuestra aprehensión imperfecta de la posición y nuestra consecuente falta de unidad consciente con la Única Vida Eterna. A medida que nuestra conciencia de unidad se perfecciona, así también se hace más evidente la entrega de vida del Espíritu. Pero en el reino de los principios, la naturaleza puramente Afirmativa y dadora de vida del Espíritu Todo-Originario es una conclusión inevitable. Ahora, ¿con qué nombre podemos llamar tal deseo inherente de aumentar la plenitud de cualquier vida individual, es decir, hacerla más fuerte, más brillante y más feliz? Si esto no es Amor, entonces no sé qué otra cosa es; y así, somos filosóficamente guiados a la conclusión de que el Amor es el principal poder de movimiento del Espíritu Creador.

Pero la expresión es imposible sin la Forma. ¿Qué forma entonces debe dar el Amor a los vehículos de su expresión? Por la hipótesis del caso, no

podría encontrar autoexpresión en formas que fueran aborrecibles o repugnantes a él, por lo tanto, el único correlativo lógico del Amor es la Belleza. La Belleza no es aun universalmente manifestada por la misma razón que la Vida no lo es, es decir, la falta de reconocimiento de su Principio; no obstante, que el principio de la belleza es inherente en la Mente Eterna es demostrado por todo lo que es bello en el mundo en que vivimos.

Estas consideraciones nos muestran que la naturaleza inherente del Espíritu debe consistir en la eterna interacción del Amor y la Belleza como la polaridad Activa y Pasiva del Ser. Entonces, este es el Poder para cuyo trabajo nuestras facultades del alma están especialmente adaptadas. Y cuando se reconoce este propósito de adaptación, comenzamos a tener una idea de la forma en que debe ejercerse nuestra intuición, imaginación y voluntad. Al entrenar nuestro pensamiento para que habitualmente se detenga en esta unidad-dual de las Fuerzas Originarias de Amor y Belleza, la intuición se hace cada vez más sensible a las ideas que emanan de esta fuente suprema, y la facultad de la imaginación es entrenada en la formación de imágenes correspondientes a tales ideas; mientras que en el lado físico la estructura molecular del cerebro y del cuerpo se ajustan cada vez más perfectamente a la generación de corrientes vibratorias que tienden a la manifestación externa del Principio Originario. De este modo, el individuo entero es llevado al unísono consigo mismo y con la Fuente Suprema de Vida, de modo que, en las palabras de San Pablo, se renueva día a día conforme a la imagen de aquel que lo creó.

Nuestro reconocimiento personal más cercano del Amor y Belleza Todo-originario, fluirán como paz mental, salud corporal, prudencia en el manejo de nuestros asuntos y el poder para llevar a cabo nuestras tareas; y a medida que avanzamos hacia una concepción más amplia del funcionamiento del Espíritu de Amor y Belleza en sus infinitas posibilidades, nuestra intuición encontrará un ámbito más amplio y nuestro campo de actividad se expandirá junto con ella, en pocas palabras, descubriremos que nuestra individualidad está creciendo y que nos estamos volviendo más verdaderamente nosotros mismos de lo que nunca antes fuimos.

Por lo tanto, el tema de las líneas específicas sobre las cuales el individuo puede ser mejor entrenado en el reconocimiento de su verdadera relación con el Espíritu de Vida Omnipresente, es de suprema importancia, pero también es de tal magnitud que incluso bosquejar brevemente sus líneas generales requerirían un volumen por sí solo y, por tanto, no intentaré entrar en ello

aquí, mi propósito actual es únicamente ofrecer algunos indicios de los principios subyacentes a esa maravillosa unidad triple de Cuerpo, Alma y Espíritu que todos sabemos que somos.

Todavía estamos solo al comienzo del camino que nos conduce a la realización de esta unidad en el pleno desarrollo de todos sus poderes, pero otros han recorrido esta senda antes que nosotros, de cuyas experiencias podemos aprender, y entre ellos se encontraba el ilustre fundador de la Fraternidad más Cristiana de los Rosacruces. Esta mente-maestra, que en su juventud salió con la intención de ir a Jerusalén, cambió el orden de su viaje y primero estuvo durante tres años en la simbólica ciudad de Damcar, en el místico país de Arabia, luego, durante un año, en el místico país de Egipto, y después, por dos años, en el místico país de Fez. Posteriormente, habiendo aprendido, durante estos seis años, todo lo que se podía adquirir en esos países, regresó a su tierra natal en Alemania, donde, sobre la base del conocimiento que había obtenido, fundó la Fraternidad de los Rosacruces, para cuya instrucción escribió los libros místicos M. y T. Luego, cuando se dio cuenta de que su obra en su estado actual estaba terminada, por su propia voluntad dejó a un lado el cuerpo físico, según está registrado, no por decadencia, ni enfermedad, ni por muerte común, sino por la dirección expresa del Espíritu de Vida, resumiendo todo su conocimiento en las palabras:

“Jesus mihi Omnia”. (Jesús mi todo)

Ahora, sus seguidores esperan la venida de “el Artista Elías”, quien traerá el Magnum Opus a su culminación.

“Que el que lea entienda”.

Sabiduría de Ayer, para los Tiempos de Hoy

www.wisdomcollection.com